

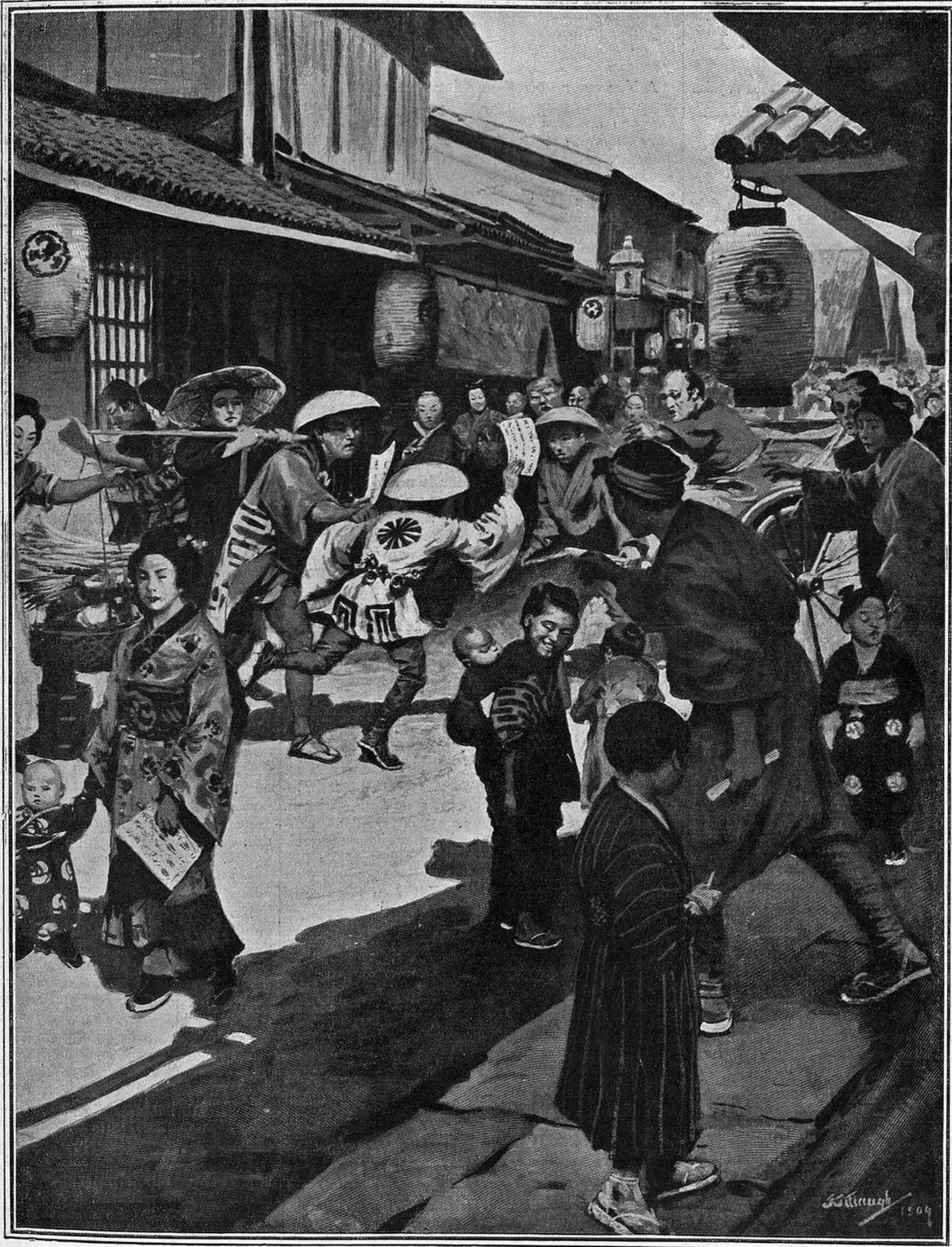
La Ilustración Artística

JOSE A. NEVADO
MADRID
S. BERNARDO, 10. P. RAL.

AÑO XXIII

← BARCELONA 4 DE ABRIL DE 1904 →

NÚM. 1.162



EN TOKÍO.—¡La victoria de la escuadra japonesa en Puerto Arthur!, dibujo de J. Waugh, según croquis de Lionel James

Los vendedores de periódicos japoneses indican la importancia de las noticias contenidas en los diarios que venden por el número de campanitas que llevan colgadas del cinturón, siendo el máximo seis. El grabado que publicamos representa á un muchacho que vende en Tokio una hoja anunciando el ataque y la victoria de los japoneses contra Puerto Arthur. Esta noticia requiere naturalmente el máximo de las seis campanitas, que son efectivamente las que el chico lleva.

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la presente serie, que es el primero de la obra de Fernando Nicolay HISTORIA DE LAS CREENCIAS, SUPERSTICIONES, USOS Y COSTUMBRES (según el plan del Decálogo).

Esta obra de excepcional importancia puede calificarse de maestra; á ella ha dedicado su autor más de treinta años de estudios profundos, consultando más de 15.000 volúmenes, folletos, revistas y documentos procedentes de todos los puntos del globo, habiendo visto recompensado su trabajo, no sólo con el éxito inmenso que su libro ha tenido en Francia, sino además con los premios que al mismo han concedido la Academia Francesa y la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París.

La traducción de la obra ha sido hecha por D. Juan B. Ensenat, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia.

El tomo va ilustrado con gran número de grabados.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *El Museo del Luxemburgo*, por Pompeyo Gener. — *El Artista Amado*, por Carlos de Bussi. — *El poema del año. Abril*, por Alfonso Pérez Nieva. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. — *Nuestros grabados*. — *Problema de ajedrez*. — *La novela de un viudo* (continuación). — *Los torpedos*, por Fred T. Jane. — Libros enviados á esta redacción.

Grabados.—*En Tokio. ¡La victoria de la escuadra japonesa en Puerto Arthur!*, dibujo de J. Waugh. — *Hilandería*, escultura de Maturino Moreau. — *Tarciso, mártir cristiano*, escultura de J. A. José Falguiere. — Dibujos de Cyrus Cuneo que ilustran el artículo *El Artista Amado*. — *Abril*, dibujo de Giacomelli. — *Guerra ruso-japonesa. «¡Por el tsar y por la patria!» La población de San Petersburgo despidiendo á los batallones expedicionarios*, dibujo de Jorge Scott. — *General coreano con su estado mayor*. — *Tropas rusas marchando hacia la frontera manchú-coreana. Tren militar que cruza el lago Baikal*, dibujo de F. de Haenen. — *El mariscal Nozu*. — *El general Otubo*. — *Plano que indica la situación de la escuadra japonesa en el combate naval de Chemulpo y el camino que siguieron los buques rusos «Varyag» y «Koreetz»*. — *Marina*, cuadro de María Wambach. — *En la taberna*, cuadro de Edmundo Harburger. — *Manila. Traslación de los restos de los héroes de Cavite y de Balser*. — Estatuita modelada por Miss Effie Stillman. — *Torpedos*. — *Los últimos rebeldes*, cuadro de Benjamín Constant.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Si se supiese cuánto trabajo representa establecer... cualquier cosa, se respetaría el esfuerzo humano, y se comprendería la vitalidad que representa, en ciertos países, esa abundancia de establecimientos benéficos, donde se ha invertido, antes que sumas de dinero, energías y voluntad.—Esta reflexión me la sugiere la corta experiencia que voy adquiriendo en la labor de contribuir á instalar la Casa de Salud «La Gallega», modesta policlínica operatoria que, modesta y todo, no ha nacido de suyo, se lo puedo asegurar á ustedes.

* * *

Y ante todo, debo decir, muy aprisa, que esta Institución tampoco la traje yo al mundo: nace, en primer término, de la generosidad de un capitalista gallego que ha sabido granjearse una fortuna y ahora sabe gastársela, dando su parte á los enfermos y á los pobres. D. Joaquín Santamarina es el verdadero patrono de la Casa de Salud, que recuerda, en su dulce nombre, la tierra materna, y declara el móvil de sentimiento que nos une al fundar un albergue transitorio para las muchas desdichas y naufragios de la salud, para esos conflictos aterradores que origina en los hogares pobres la aparición de la enfermedad crónica con su séquito de inutilización del trabajador y de dispendios imposibles de afrontar. Así es que, al lado del desprendido filántropo, debemos considerar como grandes patronos de la Casa de Salud á los médicos que capitaneados por D. Aurelio Enríquez, Director del Balneario de Cestona, desempeñarán en este Establecimiento gratuitamente las funciones de su profesión, y darán consulta y operarán á los que lo necesiten, limitándose, huelga advertirlo, á los medios y á la capacidad de la Casa.

No hay como ver estas cosas de cerca para experimentar dos sentimientos: el primero, ya lo dije, de respeto á toda iniciativa y á todo buen propósito; el segundo, de lo que llamaríamos inquietud y descontento benéfico; el dolor de no poder hacer mucho, ya que la suma de males y tribulaciones humanas es tan enorme. Equivalen siempre estas instituciones á un sorbo de agua en el desierto. Además, al considerar lo emprendido, un miraje nos figura lo que podríamos emprender, si la colonia gallega de Madrid se estrechase para lo que nunca es asequible á la acción de un particular, por más decidida que la supongamos. Las obras sociales se hacen social, no individualmente. El óbolo de cada uno es una fuerza inmensa.

Nadie sabe lo que cuesta instalar uno de estos centros, sobre todo en países como España, donde no los ha asimilado aún la vida colectiva, y donde, por consecuencia, ni las edificaciones ni el personal ni los varios elementos requeridos se encuentran en lo que pudiéramos llamar relación corriente. Hace algunos días, hablando del *Dispensario para niños de pecho* fundado por los marqueses de Casa Torre, decía una señora conocida por sus obras benéficas: «Para fundar otro se necesita tener disponible otro doctor Ulecia.» Aunque no sea fatal la cooperación de nadie en nada, hay fondo de verdad en lo que afirmaba la señora, dada la falta de hábito de estas cosas, su exotismo. No estamos hechos á la labor colectiva, á nada que signifique unión de voluntades para obra social. Así se lo he indicado siempre á las feministas extranjeras que suelen interpelarme respecto á posibles intentos de reformas y mejoras por medio de Ligas, Asociaciones, Comités internacionales y otros sistemas análogos, que dan mucho gusto en tierras de allende el Pirineo.

* * *

A bien que no nos tiene mimados Europa, ni suele guardarnos grandes consideraciones, y á bien que tampoco nosotros nos preocupamos mucho de los aires de fuera; pero si nos entregásemos á cultivar ilusiones, menudo jarro de agua el que nos echaba el Kaiser con su desembarco en Gibraltar y su retraimiento y claustración á bordo en Vigo.

El hijo del soberano—creo que uno de los chicos mayores, de esos príncipes guapos y fuertes que aseguran la dinastía de los Hohenzollern—no fué tan desdeñoso con nuestras orillas como su padre. Saltó á tierra en la Coruña, visitó el Consulado alemán, recorrió la ciudad alegremente, adquirió en las tiendas mil chucherías, especialmente panderetas y abanicos, y nos dejó el recuerdo de una cara juvenil, animada por la salud y un tanto bronceada por el aire del mar. ¿Qué dura razón de Estado ó qué severidades de protocolo y de consejo serán las que impidieron al padre hacer lo que el hijo? ¿Qué conveniencias, qué etiquetas, qué cálculos le salieron al paso y le bloquearon en su yate imperial? ¿Qué combinaciones europeas son las que ponen á España en parangón con ciertas casas adonde no se va nunca... en segundo lugar, porque se tiene un pie enfermo?

No es verosímil que nadie lo sepa, al menos aquí (justamente donde importaría averiguarlo). Lo que sí puede asegurarse, es que no se deberá esta abstención del emperador á que sea apremiante ganar nuestras simpatías y á que sin nosotros no se arregle el cotarro. Más bien parece que de nosotros se piensa que «amigo que no sirve y cuchillo que no corta...» etc.

* * *

No sería justo prescindir de consagrar elogios á los viajes del rey. Ensalcemos que el rey viaje, y viaje mucho; si algo cabe objetar, es que se detiene en cada punto corto tiempo. Es evidente que en Barcelona no son quince días, no es ni siquiera un mes, lo que el monarca debe permanecer cada año—por mil razones que cualquiera adivina,—y el presidente que le aconseje muy largas visitas á Barcelona, le querrá bien y querrá bien á España. El amable carácter del rey, su simpática franqueza, le ganarán amigos y le conquistarán popularidad segura; él, á su vez, podrá apreciar, mejor que en Madrid, el valor del trabajo, el precio de las grandes actividades aplicadas á la industria y al tráfico, ocupaciones de los pueblos de vanguardia. En Barcelona tiene el monarca magnífico palacio. Puede estar en su casa, con todo decoro. Puede demorarse, dedicarse á conocer despacio la colmena catalana. Yo, por puro diletantismo, gasté un mes en ver algo, en traerme superficial idea de ese movimiento; y me pasaba el día recorriendo fábricas, en compañía de mi amigo Sánchez de Toledo, á la sazón gobernador civil de Barcelona. Las múltiples cuestiones relacionadas con la vida y necesidades de la clase obrera, no pueden ser indiferentes al jefe de Estado.

Una de las cosas más sabias y prácticas que realizó Isabel la Católica, fué aquella incesante serie de viajes al través de su reino, sin perdonar villas y aldehuelas trasconejadas. Hartas privaciones sufriría y con no pocas molestias se habrá encontrado, en épocas tan atrasadas y en países á veces asolados por la guerra; por mucho que la atendiesen, el rigor de las intemperies y la escasez ó mejor dicho la miseria del solar castellano, se echarían de ver durante la jornada, que en ocasiones cogió á la reina en meses mayores. Pero todo podía darse por bien empleado, por

ser insubstituible el conocimiento que al través de los propios ojos gana la razón. Nótese que en nuestro teatro antiguo siempre que aparece el rey viajando y llega á un pueblo, es para reparar alguna injusticia, para castigar desmanes de comendadores, capitanes y ricoshombres, para reencarnar ante sus vasallos la rectitud y el bien. Desde que los reyes austriacos se estacionan en sus palacios, en sus sitios de recreo y en sus cazaderos, descuidando aquella grave responsabilidad que les incumbe en manos de validos y de intrigantes; desde que los Austrias se inmovilizan como el sol en el centro del sistema planetario, comienza verdaderamente la decadencia española. La vida se retira de las extremidades y el corazón late débilmente. Perdemos á Portugal de un modo ya definitivo; perdemos poco á poco aquel deslumbrador patrimonio de conquista, la posesión de un continente, que aventureros y viajeros habían ganado para nosotros con el arranque de su temerario valor. Nunca un retoño de la sangre real cruzó los mares para conocer aquellas tierras legendarias. ¿Quién sabe lo que hubiese sucedido si en vez de virreyes enviásemos á América infantes, ó si el mismo rey se hubiese determinado á cruzar el Atlántico y conocer la riquísima herencia de sus mayores?

* * *

¿Qué se come en la casa de los pobres? Esta pregunta me la he dirigido á mí misma sin encontrar respuesta satisfactoria infinitas veces. ¿Qué comen los pobres? Es decir, ¿qué artículo de los que se expenden en mercados, plazuelas y tiendas está al alcance, no precisamente de las bolsas vacías, de las pequeñas bolsas?

Esto que me preocupaba hace años, ahora empieza á preocupar á todo el mundo... No: por desgracia, no á todo el mundo; pues á pesar del clamoreo de la prensa y de los apuros de las amas de casa, nada eficaz se hace para atajar la pavorosa, espantable suba de los artículos de primera necesidad.

Las patatas, que son la carne del pobre; el bacalao, que es su salmón, su lenguado y sus langostinos, van poniéndose al nivel de las chuletas y de las perdices. No por eso se crea que van á comer perdices y chuletas los necesitados; lo que pasará sencillamente será que no podrán comer ni bacalao ni patatas ni cosa alguna; y que el hambre descarnada, auténtica, se enseñoreará de Madrid.

¿Sólo de Madrid? En los pueblos de provincia y en las mismas aldeas han encarecido los alimentos hasta un límite que debe alarmar, porque la población rural es la reserva de la patria y de la raza, y cuando no se come lo suficiente no hay labradores ni hay soldados.

Ya la carestía ha aguzado el ingenio, y funcionan los mataderos clandestinos y despachos públicos de carne de caballo—bajo el nombre de vaca,—ni más ni menos que si estuviésemos sitiados, sufriendo estrecho cerco de ejército enemigo. Esta clase de vianda dulzona, con dominó de tripa y en forma de embuchado, me figuro que no habrá madrileño que no esté familiarizado con ella, y por lo tanto no hay que asustarse; lo inédito es presentarla enmascarada de *beefsteak*. En París, como nadie ignora, ya se permite su expendición, previo un reconocimiento escrupuloso de veterinario. ¿Comer caballo? Es cuestión de gustos...

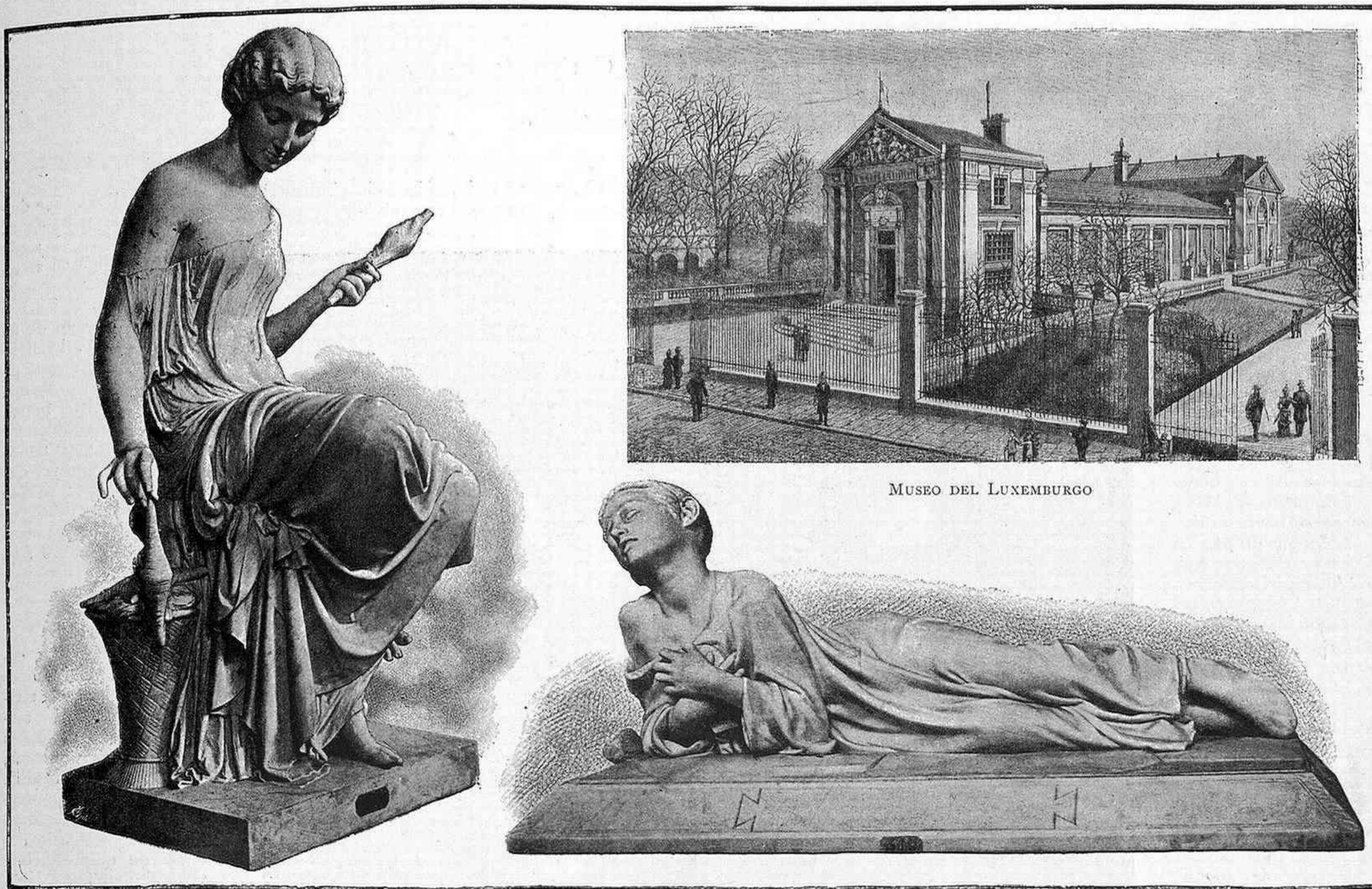
* * *

No me parece mal síntoma que se empiece á divulgar la idea de que la endemia del tífus, que de tiempo en tiempo adquiere carácter de epidemia, se puede combatir y se puede desterrar. Cuando pende de la desinfección y del saneamiento el que se corrija uno de estos tristes fenómenos, es indudable que hay tífus y hasta viruela... porque se quiere que los haya. El tífus no es enfermedad fatal; no es enfermedad que resista á la observancia y cumplimiento de las leyes de la naturaleza reconocidas por la ciencia. Dadle á Madrid limpieza, agua, alimentación, aire puro, desinfección, y en Madrid no existirá el tífus, ó por lo menos sus explosiones se habrán contenido.

La viruela—ya se sabe—no hace estragos donde la vacuna es obligatoria y general. Lo malo es que la desinfección y la vacuna tiene enemigos jurados y escépticos infinitos, no solamente entre la gente humilde, sino entre las legiones en ese vulgo de levita que hablaba Feijóo.

He oído á un señor que exclamaba: —¡En mis tiempos no había microbios (*sic*) y vivíamos más años que ahora!

EMILIA PARDO BAZÁN.



Hilandera, escultura de Maturino Moreau

Tarciso, mártir cristiano, escultura de J. A. José Falguiere, existente en el Museo del Luxemburgo

El Museo del Luxemburgo

El Museo del Luxemburgo, destinado á las obras de pintores y escultores contemporáneos y formando en la época actual la continuación lógica de las galerías de la Escuela Francesa del Louvre, no fué en su origen más que una mera decoración ó un legado de riquezas para el palacio que lleva este nombre.

El palacio de María de Médicis fué, en efecto, desde su fundación un continuo santuario del arte. La reina regente, que en todo se desinteresaba por proteger á los artistas, había nombrado para su decoración á Duchesne, Jean Mosnier, á Quentin Varin y Ph. de Champaigne.

Poussin fué encargado en su juventud de las obras de poca importancia y de algunos decorados para los cuartos ó habitaciones particulares. Rubens pintó para la galería de los Médicis veinticuatro telas notables, las que durante más de dos siglos fueron la escuela más ejemplar de los pintores franceses.

En las postrimerías del año de 1779, cedido el palacio del Luxemburgo al conde de Provenza, se retiró del palacio lo que pertenecía al soberano, es decir, los cuadros de su gabinete y las grandes telas de Rubens, siendo destinadas á formar parte de la colección que enriqueció luego al Museo del Louvre.

Veinte años transcurrieron cuando el palacio, sumido en la mayor decadencia, fué primeramente restaurado por el Directorio y luego por el Senado. El arquitecto Chalgrin no terminó sus trabajos hasta el año de 1804; pero desde 1801 en adelante, siendo Chaptal ministro de la Gobernación, decidió la creación del Museo del Luxemburgo.

Naigeon, quien había prestado señalados servicios en calidad de miembro de la Comisión de artes en 1802, fué nombrado conservador del mismo. Aún no había transcurrido esta fecha, cuando ya Naigeon había reunido los elementos de su Museo, y por cierto con muy acertado criterio. Los Rubens figuraban en primer lugar, eligiendo luego cinco cuadros del mencionado Philippe de Champaigne, que tanto había trabajado en la decoración del palacio. Trasladóse luego á Versailles para hacerse cargo de la colección de cuadros que representaban la vida de San Bruno, debidos al pincel de Le Sueur para decorar el claustro de los Cartujos, vecinos muy próximos del Luxemburgo, hallando después en el mismo claustro otros dos cuadros de Le Sueur, y además veinte paisajes pintados

sobre postigos destinados á proteger de la intemperie los cuadros de Le Sueur. Por último, solicitó del ministerio de Marina la colección de los puertos de Francia por Jos. Vernet y por Hue. Naigeon recolectó en todas partes, reuniendo cuadros de Rafael, Poussin, Rembrandt, Ticiano, Ruysdael, Terburg, Van der Velde, y por este orden la colección continuó aumentando hasta el año de 1815.

En 1815, los huecos que en el Louvre dejaron las reclamaciones de los aliados, se llenaron con la cooperación de las colecciones del Luxemburgo, en cuyas paredes pronto no quedaron sino 17 cuadros antiguos, los cuales reingresaron en 1821 en el Museo Real.

No obstante, la Galería de la Cámara de los Pares no podía quedar desprovista de cuadros, y desde aquella fecha comienza la verdadera creación del actual Museo. Luis XVIII mandó que esta galería fuese exclusivamente dedicada para las obras de los artistas nacionales contemporáneos, y en 14 de abril de 1818 aparecía nuevamente ostentando 74 cuadros de la escuela francesa contemporánea. Desde aquella época se crearon nuevas salas para la sección de pinturas, cuyas puertas se abrían frecuentemente, siendo luego punto de exposición asimismo para la escultura, grabado y litografía, dibujos y acuarelas.

Tocante á su nuevo destino, el Luxemburgo ha sido siempre un Museo de tránsito; en los últimos veinte años ha tomado asimismo cierto carácter de depósito de las mejores obras adquiridas por la dirección de Bellas Artes. Las obras que por él han pasado fueron á parar al Louvre ó bien á las grandes residencias del Estado al fallecer sus autores. Una tradición no confirmada por decisión oficial alguna, y que por lo contrario es violada al morir cualquier artista de alguna nombradía en nuestro siglo, pretendía «que tan sólo á los diez años de fallecidos sus autores, las obras más notables adquiridas para el Luxemburgo por pública subscripción y por el Estado serían elegidas para figurar en las galerías del Louvre, las cuales irían á ocupar un lugar al lado de sus ilustres antecesores y á continuar la historia del arte francés.» Esta tradición era hija sólo de un deseo muy laudable, pero pecaba de exageración, pues no se fundaba en un sentimiento de escrupulosa justicia. Diez años no son más que un brevísimo plazo cuan-

do se trata de emitir un recto juicio que ha de prevalecer en la posteridad; y dominando aún influencias de época, se podía así sofisticar con obras medianas la moderna escuela del Louvre, que cuenta con obras maestras del Renacimiento hasta fines del siglo actual.

En 1885, á causa de las decisiones del Senado, que reclamó la libre disposición de las salas ocupadas por las obras de los artistas contemporáneos, el Museo del Luxemburgo fué trasladado al pabellón del jardín del palacio, preparado á este propósito y aumentado con una doble ala hacia la calle de Vaugirard.

Allí es donde figuran las obras de los pintores franceses más notables en nuestro siglo, entre los cuales podemos citar á Horacio Vernet, Delacroix, Bastien Lepage, Diaz, Carpeau, que tiene allí la *Ejecución árabe*, la *Judit* y el *Retrato del general Prim*, el cual es una síntesis genial de nuestra Revolución de Septiembre.

La entrada del nuevo Museo es por la calle Vaugirard: después de atravesar un pequeño patio y de subir algunos escalones, se penetra en un estrecho vestíbulo, al que sigue la galería de escultura, de 432 metros de superficie. Al extremo de ésta están las salas destinadas á la pintura, con una superficie mural de 2.177 metros.

En el exterior del Museo hay una terraza paralela á la galería de escultura, en la que se ven varias estatuas de bronce y de mármol.

En estos últimos años se han introducido algunas modificaciones en el reglamento del Museo de los artistas contemporáneos. Dada la exigüidad de los locales, el comité consultivo de los museos nacionales ha dispuesto que no admitiría como máximo más que tres obras firmadas con el mismo nombre: «Esta medida, dice acertadamente Esteban Arago, se presenta como una esperanza y un motivo de estímulo para los jóvenes artistas que por falta de sitio, y no de talento reconocido, no han sido admitidos todavía en el Museo del Luxemburgo.»

Este Museo tiene de dotación 100.000 francos anuales para la adquisición de obras de arte, pagándose su administración de los gastos generales de Bellas Artes. Lo rige un solo director, y las adquisiciones las determina un Jurado.

POMPEYO GENER.

El Artista Amado, por Carlos de Bussy

Ilustraciones de Cyrus Cuneo

En un papel escrito en lengua extranjera encontré el singular pensamiento de un cuento. He aquí, tal como puede relatarse, la fantástica historia.

Vivía en un país imaginario un pintor, cuyo talento, si no alcanzaba á igualar al de otros colegas suyos, en cambio gustaba á la multitud de mujeres sensibles, razón por la cual le envidiaban aun aquellos mismos que valían más que él.

Muchos otros pintaban, empleaban en ellos tintas raras, lienzos más magistrales que los suyos; pero sus cuadritos, en los que brillaban claridades suavísimas ó resplandecía una divina luz, lograban cautivar siempre.

Había un color, que incesantemente reaparecía en sus pinturas, un rojo de intensidad sorprendente que se veía en todas sus obras y que parecía iluminarlas. Ora pintase un interior, ora un paisaje ó bien figuras, cada rostro, cada brizna de hierba, cada objeto se animaba se aclaraba bajo la caricia de aquel rojo maravilloso.

* *

Aquel artista agradaba á la multitud impresionable de las mujeres, y por esto más de una le llamaba el Artista Amado. Y todos los que le envidiaban se decían:

—Pintemos también con rojo como color predominante; y como tenemos más talento que ese hombre, pronto conseguiremos sepultarle en el olvido.

Efectivamente, tenían más talento que aquel hombre, y sin embargo, por más que empleaban el rojo con preferencia y que llegaban en su empeño á audacias que tal vez habrían sido consideradas como geniales si no hubiesen parecido ridículas, la multitud de las mujeres no se dejó en modo alguno cautivar por aquellas pinturas.

Y la gente se preguntaba:

—¿De dónde saca ese artista un tal color? Nadie puede igualarle. Verdaderamente el color que posee es único.

—Es preciso que encontremos uno semejante, dijeron los envidiosos y se pusieron á buscar.

* *

Uno partió en una galera hacia lejanas regiones de los países por donde el sol sale, y no tardó en regresar trayendo pulpas, conchas y flores marinas, de las cuales extrajo un rojo cuya belleza igualaba á la de la púrpura oriental; otro descubrió entre antiquísimos y empolvados pergaminos las fórmulas que empleaban los maestros difuntos para sus materias colorantes; pero uno y otro, cuando utilizaron sus nuevas preparaciones, sufrieron un terrible desencanto.

Y no fueron estos dos los únicos desencantados.

Sin embargo, el color deseado existía, y por consiguiente era preciso proseguir, sin cansarse, las inves-

quienes inspiraban lástima todos aquellos que se desesperaban buscando en vano la solución del enigma, le preguntaron si algún día descubriría su secreto á sus rivales.

—Mi secreto, les respondió sonriendo de un modo extraño, lo llevo en mí mismo; no me pidáis que os lo descubra. Además, ¿qué os importa, ni qué les importa á mis rivales que tienen más talento que yo? Conocer semejante secreto de nada les serviría...

Dichas estas palabras entregóse de nuevo á su labor.

* *

Cuanto más iba entrando en años, tanto más agradaban á la multitud sensible de las mujeres las rojas claridades de sus pequeños cuadros; pero también á medida que envejecía, poníase más pálido, tan pálido que hubiera podido dudarse de que estuviera vivo, de no haber sido por la fiebre ardiente que brillaba en sus ojos.

Desde hacía algún tiempo, trabajaba sin descanso en una obra en la que, según él mismo aseguraba, consumiría sus últimas fuerzas.

Esta afirmación sorprendió á todos; y cuando agregó que todos sus cuadritos no habían sido sino la *expresión íntima de su vida* y que si pronto había de morir la causa de ello estaba en sus cuadritos, con lo cual quedaba descubierto á sus rivales el secreto de aquel color sangriento, muchos sospecharon que había perdido la razón.

* *

Una mañana le encontraron inanimado y livido; y como no tenía familia, varias de las mujeres que le admiraban acudieron presurosas á su casa y cuidaron de darle sepultura.

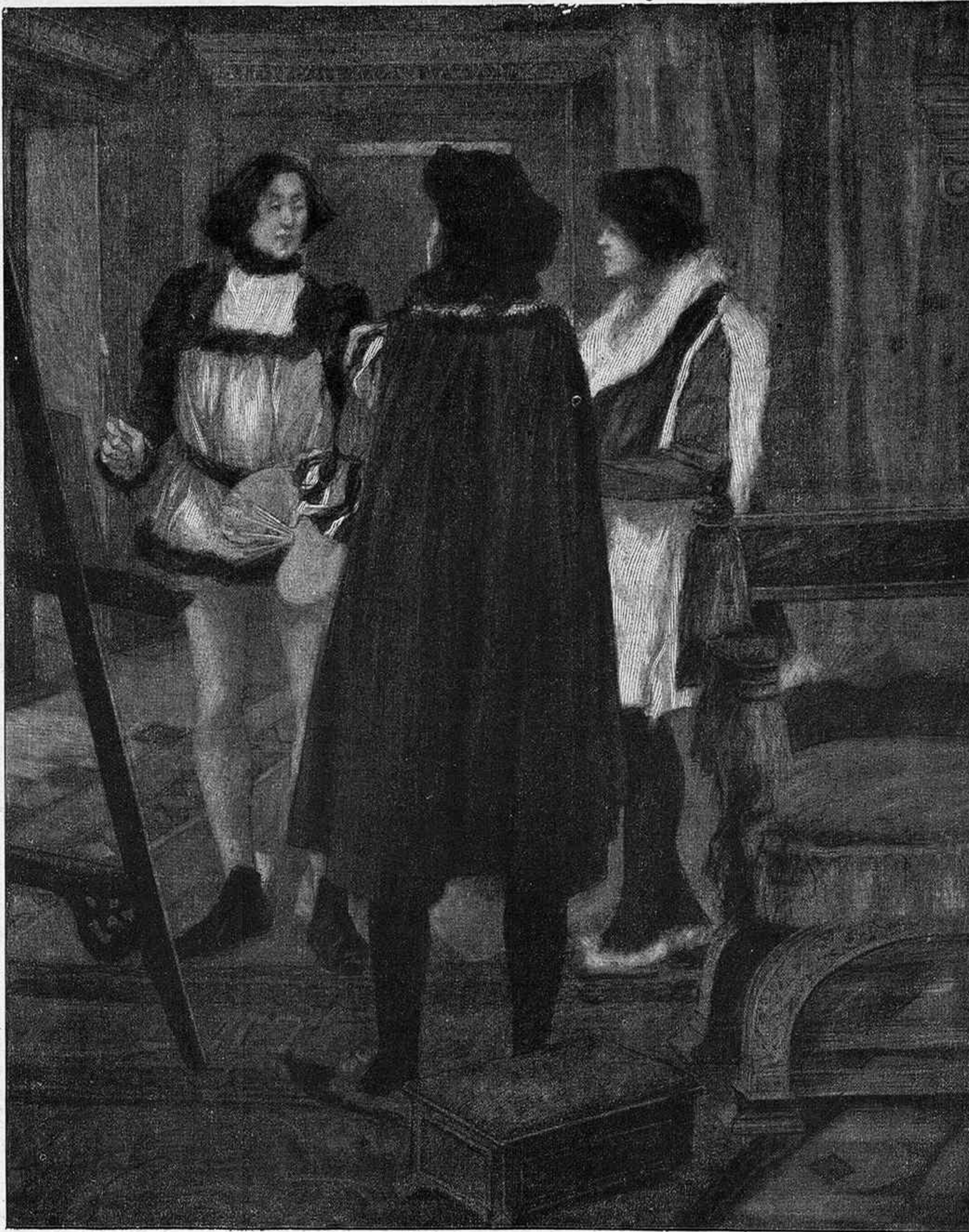
Entretanto, sus rivales anhelantes invadieron sin pudor la sala en donde el artista tenía costumbre de pintar, y se arrojaron unos sobre los crisoles y los hornos, otros sobre los armarios, frascos, vasijas, paletas, cajas, y registraron hasta debajo de los muebles á fin de conocer aquella materia misteriosa que durante tanto tiempo habían buscado en vano.

Pero nada descubrieron que se saliera de lo ordinario.

¡Nada que fuese extraordinario había en aquel taller!

Sin decir palabra, interrogábanse con la mirada unos á otros, cuando oyeron un rumor de asombro que salía de la habitación inmediata.

Las mujeres que amortajaban al Artista Amado acababan de descubrir en el pecho de éste una herida muy profunda y muy antigua, que sin duda tuvo abierta durante toda su vida y cuyos bordes, entonces negros á causa de la sangre coagulada, jamás habían podido juntarse.



—Mi secreto, les respondió sonriendo de un modo extraño, lo llevo en mí mismo; no me pidáis que lo descubra

tigaciones. Muchos que en planchas de hierro habían robado al fuego la señal de sus huellas abrasadoras, perdieron la vista en las fraguas, sin que de todos sus trabajos quedara otra cosa que un enfriado metal.

Entonces, algunos amigos del pintor amado, á



Las mujeres que amortajaban al Artista Amado acababan de descubrir en el pecho de éste una herida muy profunda

ABRIL

EL POEMA DEL AÑO

ABRIL.—DIBUJO DE GIACOMELLI

—¿Os venís?

—¿Adónde?

—Por ahí. A beber sol, á picotear espigas verdes, á respirar aire puro. Ya ha entrado abril. ¿No lo conocéis en la temperatura blanda y en lo azul del cielo? Somos dos matrimonios bien avenidos, en nuestra luna de miel, que congeniamos y haremos la gran volada.

—Pero no nos alejaremos mucho, ¿eh?

—¡Qué tímidas sois! Parecís tórtolas en vez de golondrinas. ¿Pues sabéis lo que íbamos á proponeros? ¡Qué nos adelantáramos á toda la banda en nuestra reinmigración, dando esa sorpresa á nuestras hermanas viejas, que se quedaron entre las vigas de las cocinas campesinas á pasar el invierno!

—¡No, no! Eso es una locura. ¡Marcharnos solas en nuestro primer vuelo y alejarnos tanto!

—¡Pues sería una deliciosa escapatoria. En fin, nos daremos un paseo cortito!

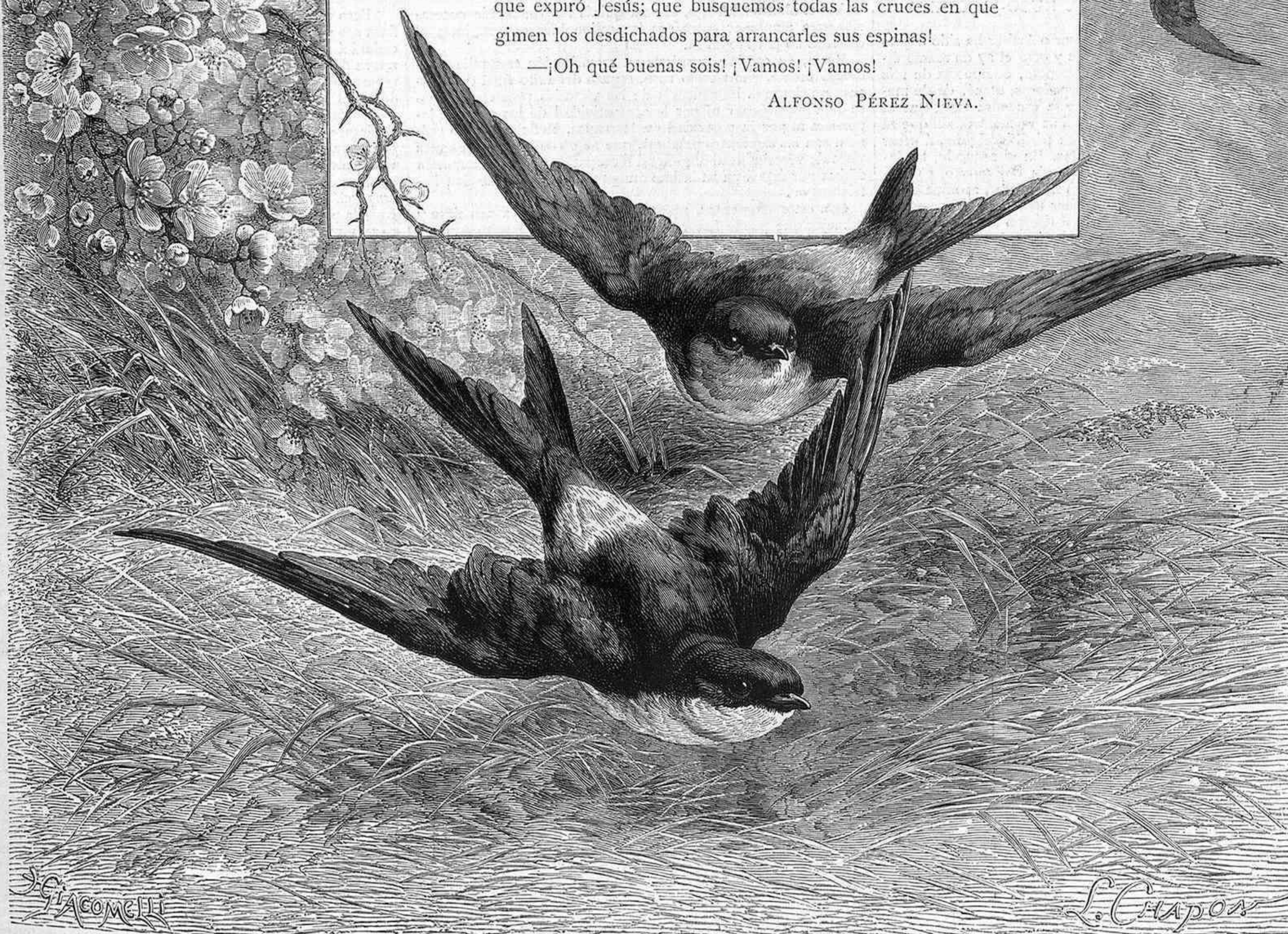
—A nuestra vez vamos á proponeros otra cosa para solemnizar la mayoría de edad en que entramos y la llegada del dulcísimo abril, tan amigo nuestro.

—Piad.

—¡Que continuemos la santa tradición nacida en aquel leño en que expiró Jesús; que busquemos todas las cruces en que gimen los desdichados para arrancarles sus espigas!

—¡Oh qué buenas sois! ¡Vamos! ¡Vamos!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.





GUERRA RUSO-JAPONESA. - «¡Por el tsar y por la patria!» - La población de San Petersburg despidiendo con entusiasmo á los batallones expedicionarios que marchan hacia el extremo Oriente, dibujo de Jorge Scott. (Reproducción autorizada.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Desde nuestra crónica anterior, Puerto Arthur ha sido objeto de dos nuevos ataques, uno el día 22 y otro el 27 de marzo último. En el primero, la escuadra japonesa, compuesta de seis acorazados, doce cruceros y ocho torpederos, atacó, desde media noche hasta las once, la plaza y la escuadra rusa, que al mando del almirante Makarof salió á su encuentro, sin que ni por una ni por otra parte se registrase pérdida alguna, á pesar del fuego vivísimo durante once horas. En el segundo, los japoneses se proponían obstruir la entrada del puerto, para lo cual enviaron cuatro grandes vapores mercantes, acompañados de seis torpederos, con intento de hacer naufragar los primeros en la boca de la rada; mas advertida á tiempo la maniobra por los rusos, gracias á los proyectores eléctricos, las baterías de la plaza dispararon contra aquellos buques, mientras el torpedero *Svilny*, al mando del teniente Krinizki, se lanzaba contra ellos y lograba destruir con un torpedo la proa del barco mercante que iba al frente de los otros. Este barco y dos más se dirigieron entonces hacia la montaña de Oro, en donde encallaron, en tanto que el cuarto se hundía á su vez á un lado del canal de paso. Poco después apareció la escuadra japonesa, que no tardó en alejarse así que vio que salía á su encuentro la rusa y que comenzaban á hacer fuego las baterías de la plaza.

Sigue siendo incomprendible la táctica de los japoneses en Puerto Arthur. ¿Qué se proponen con sus continuos y hasta ahora inútiles ataques? ¿Embotellar la escuadra rusa? ¿Difícil es tratándose de gente que se halla á todas horas prevenida contra una agresión. ¿Destruir los fuertes? No es fácil que lo consigan, dada la distancia desde donde efectúan sus bombardeos. ¿Aterrorizar á la población? Lo que hacen con ello es tranquilizarla, en vista de los efectos casi nulos de los bombardeos de que hasta el presente ha sido objeto. En cambio, consumen municiones, que cuestan muy caras y no se reponen fácilmente; y lo que es peor, gastan sus cañones de grueso calibre, que, como es sabido, se deterioran y aun se inutilizan después de cierto número de disparos.

Acaso su propósito en cada uno de esos ataques ha sido proteger los desembarcos de tropas en Corea; pero ni aun así se explica satisfactoriamente la conducta del almirante japonés, pues el mismo resultado obtendría manteniéndose sin hacer nada delante de Puerto Arthur; su presencia de seguro bastaría por sí sola para impedir que la escuadra rusa, muy inferior á la suya, saliera de la rada para intentar estorbar aquellas operaciones del ejército de tierra.

Tal vez la clave del enigma está en el efecto que en el Parlamento, en la prensa y en el pueblo japoneses causan los partes que, gracias á estos ataques, puede enviar continuamente á

Tokio el almirante Togo, el cual quizás los conceptúe necesarios para mantener entre sus impresionables compatriotas el entusiasmo por la guerra.

Rusia, en cambio, prosigue su movilización tranquila y ordenadamente, y el pueblo ruso, seguro del éxito final de la lucha, no siente la impaciencia de las victorias prematuras y no se deja impresionar ni por la acometividad de los marinos japoneses ni por la pasividad de los suyos. Reflejo de esta opinión son las siguientes palabras, que se atribuyen con grandes visos de verosimilitud al general Kuropatkine y que se suponen dichas por éste á un su íntimo amigo antes de salir de San Petersburgo:

«En estos momentos, nuestra escuadra de nada nos sirve y lo mejor que puede hacer es estarse quieta en Puerto Arthur. Allí está bloqueada, y no sólo es numéricamente inferior á la flota enemiga, sino que además, mientras los japoneses tienen excelentes docks para reparar sus averías, nosotros carecemos de ellos, lo cual es una nueva é importante causa de inferiori-

»Pero esta inferioridad no será eterna, y día vendrá en que la flota sea para nosotros una poderosa ayuda. Creo que esto sucederá á fines de agosto: entonces estará en aquellos mares la nueva flota de Cronstadt, en la cual se trabaja noche y día sin reparar en gastos. A fines de mayo ó principios de junio saldrá de aquel puerto, llevando consigo buques carboneros, y unida á la escuadra actualmente inútil que en el mar Rojo manda el almirante Wirenius, nos llevará al Pacífico un contingente suplementario de ocho acorazados, siete cruceros (cuatro de ellos acorazados) y 32 torpederos de alta mar. Estas fuerzas harán levantar el bloqueo de Puerto Arthur, y cuando esto suceda, la proporción de fuerzas navales quedará invertida y á cada buque japonés podremos oponer uno y medio: entonces terminarán las escaramuzas de la escuadra japonesa, y entonces también exigiremos á nuestros marinos un trabajo importante y decisivo.

»En aquel mismo momento, espero, Dios mediante, que habré rechazado á los japoneses del continente y los habré acorralado hacia el mar, y llegado este caso, necesitaré de la escuadra dos cosas: primera, que eche á pique todos los transportes japoneses que traten de reembarcar á los regimientos dispersos; y segunda, que proteja nuestros propios transportes llenos de tropas rusas de desembarco...»

Al oír esto, parece que el amigo del general le interrumpió diciéndole:

- «Pero qué, ¿iréis al Japón?»

- «Iremos al Japón, respondió Kuropatkine. Recordad bien lo que voy á decir. Europa podrá intervenir, hablar, entrometerse en nuestros asuntos y obrar como se le antoje; pero nosotros no le haremos ningún caso. En Tokio y sólo en Tokio firmaremos la paz.»

Tal vez estos últimos conceptos sean un poco aventurados; pero de todos modos, el espíritu que informa los párrafos transcritos demuestra lo que antes decimos acerca de la serenidad y seguridad con que Rusia espera el natural desarrollo de los sucesos.

Los japoneses prosiguen lentamente su movimiento de avance en Corea y construyen á toda prisa el ferrocarril de Seúl á Gensán. Sus avanzadas han llegado á Andjón, y basta mirar el mapa de la guerra para ver el mucho camino que les falta recorrer todavía para llegar á la frontera mandchuriana, que es en donde seguramente se realizarán los hechos de armas decisivos.

Los rusos se atrincheran fuertemente en las cercanías de An-Tung, junto á la desembocadura del río Yalu, en la creencia de que los japoneses intentarán desembarcar por aquella parte y remontar el río con sus cañoneros; pero esta operación es sumamente peligrosa y es difícil que en aquellas regiones tiene concentradas su enemigo.

Un oficial del buque de guerra francés *Pascal*, que presente

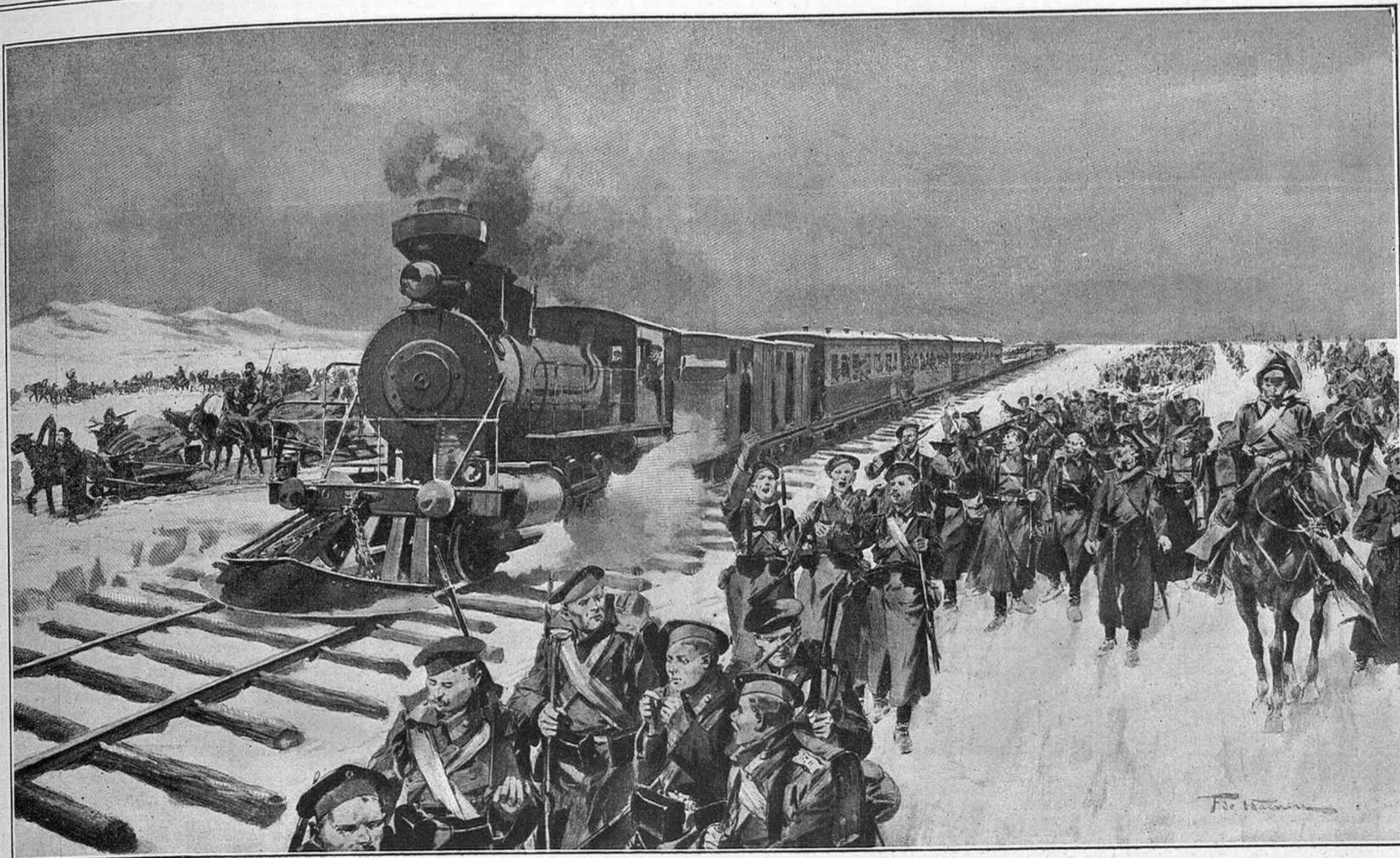


General coreano con su estado mayor

dad. De suerte que el mejor servicio que puede prestarnos nuestra escuadra es retener á los japoneses en las inmediaciones de Puerto Arthur y de Vladivostok.

aquellos la intenten, sabiendo como han de saber las fuerzas que en aquellas regiones tiene concentradas su enemigo.

Un oficial del buque de guerra francés *Pascal*, que presente

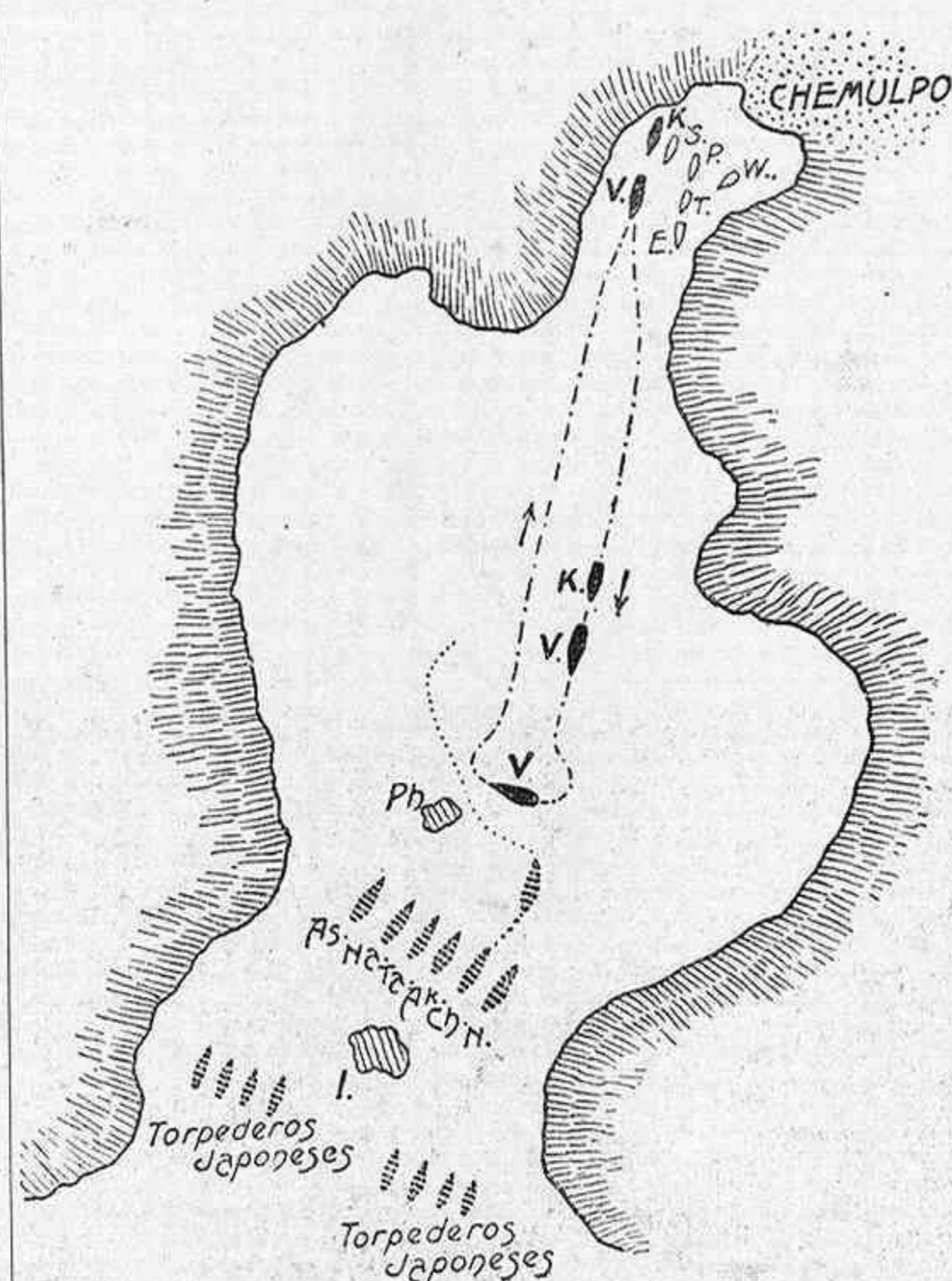


GUERRA RUSO-JAPONESA. - Tropas rusas marchando hacia la frontera manchú-coreana. - Tren militar que cruza el lago Baikal, dibujo de F. de Haenen (Reproducción autorizada)

el combate (?) de Chemulpo del día 9 de febrero, ha publicado en un periódico chino un interesante relato de aquella acción. Tratándose de un marino francés pudiera creerse parcial su descripción; mas como ésta se ajusta en un todo á la realidad de los hechos, á los partes oficiales ruso y japonés y á cuanto han dicho los marineros de otras naciones, entre ellos ingleses, que fueron testigos oculares de la hazaña japonesa, hemos de prestarle entero crédito. Y como en ella hay detalles tan curiosos como conmovedores, no creemos fuera de lugar, dado el carácter de estas crónicas, que no pueden ser de actualidad palpitante, reproducir algo de lo que el citado oficial escribe.

A las siete de la mañana del referido día, el almirante japonés Uriu envió á los comandantes del *Pascal*, del *Talbot*, del *Elba* y del *Vicksburg* una carta anunciándoles que á las cuatro de la tarde atacaría á los buques de guerra rusos *Koreetz* y *Varyag*, anclados en Chemulpo, si éstos no abandonaban la rada antes del mediodía, y suplicándoles que pusieran sus barcos fuera de la zona de combate. Sorprendidos ante tal notificación,

- Está bien, exclamó entonces el marino ruso. Nos envían al sacrificio, pues iremos á él.
Después que sus colegas conmovidos le hubieron abrazado efusivamente, el comandante volvió á bordo del *Varyag*, reunió



El combate naval de Chemulpo (9 de febrero). - Plano que indica la situación de la escuadra japonesa y el camino que siguieron los buques rusos *Varyag* y *Koreetz*.

- | | |
|---------------------------------------------|---------------------------------------|
| K. <i>Koreetz</i> , cañonero ruso. | As. <i>Asama</i> , acorazado japonés. |
| S. <i>Sungari</i> , barco mercante ruso. | Na. <i>Narriwa</i> , crucero " |
| V. <i>Varyag</i> , crucero ruso. | Ta. <i>Takoshiho</i> , " " |
| P. <i>Pascal</i> , crucero francés. | Ak. <i>Akashi</i> , " " |
| T. <i>Talbot</i> , crucero inglés. | Ch. <i>Chigoya</i> , " " |
| E. <i>Elba</i> , aviso italiano. | N. <i>Nickota</i> , " " |
| W. <i>Wicksburg</i> , aviso norteamericano. | |
- Ph. Islote con faro.
I. Pequeña isla que divide en dos el paso de la rada.
- NOTA. - El *Chigoya* fué el único que persiguió al *Varyag*, después que éste hubo zozobrado.

á la tripulación y le dijo que era preciso combatir. Con un hurra inmenso fueron acogidas sus palabras, y momentos después los dos buques se apercebían al combate y se disponían á salir del puerto. La banda del *Varyag*, reunida en el puente, tocó la *Marsellesa*, el *God save the king* y el himno nacional italiano,

saludando así á los buques extranjeros, cuyas tripulaciones desde las vergas aclamaban á aquellos hombres que iban impasibles á una muerte segura.

El *Varyag* y el *Koreetz*, para salir de la rada de Chemulpo habían de pasar necesariamente (según puede verse en el plano que en esta página publicamos) por entre la escuadra japonesa, que se componía de un acorazado, cinco cruceros y ocho torpederos. En estas condiciones parecía que los barcos rusos habían de ser echados á pique inmediatamente; sin embargo, no fué así, sino que el combate duró cerca de una hora: el puente del *Varyag* vióse inundado de metralla, una á una fueron inutilizadas sus piezas de artillería y un proyectil causó graves averías á su timón; entonces, cuando ya no era posible disparar un solo cañonazo, su comandante regresó al puerto. Durante esta maniobra, difícilísima por la falta de gobernalle, recibió el barco otros tres proyectiles en la línea de flotación que le hicieron inclinarse hasta el punto de que los que desde Chemulpo contemplaban el combate creyeron imposible que pudiera seguir



El mariscal Nozu, jefe del primer cuerpo de ejército japonés en Corea



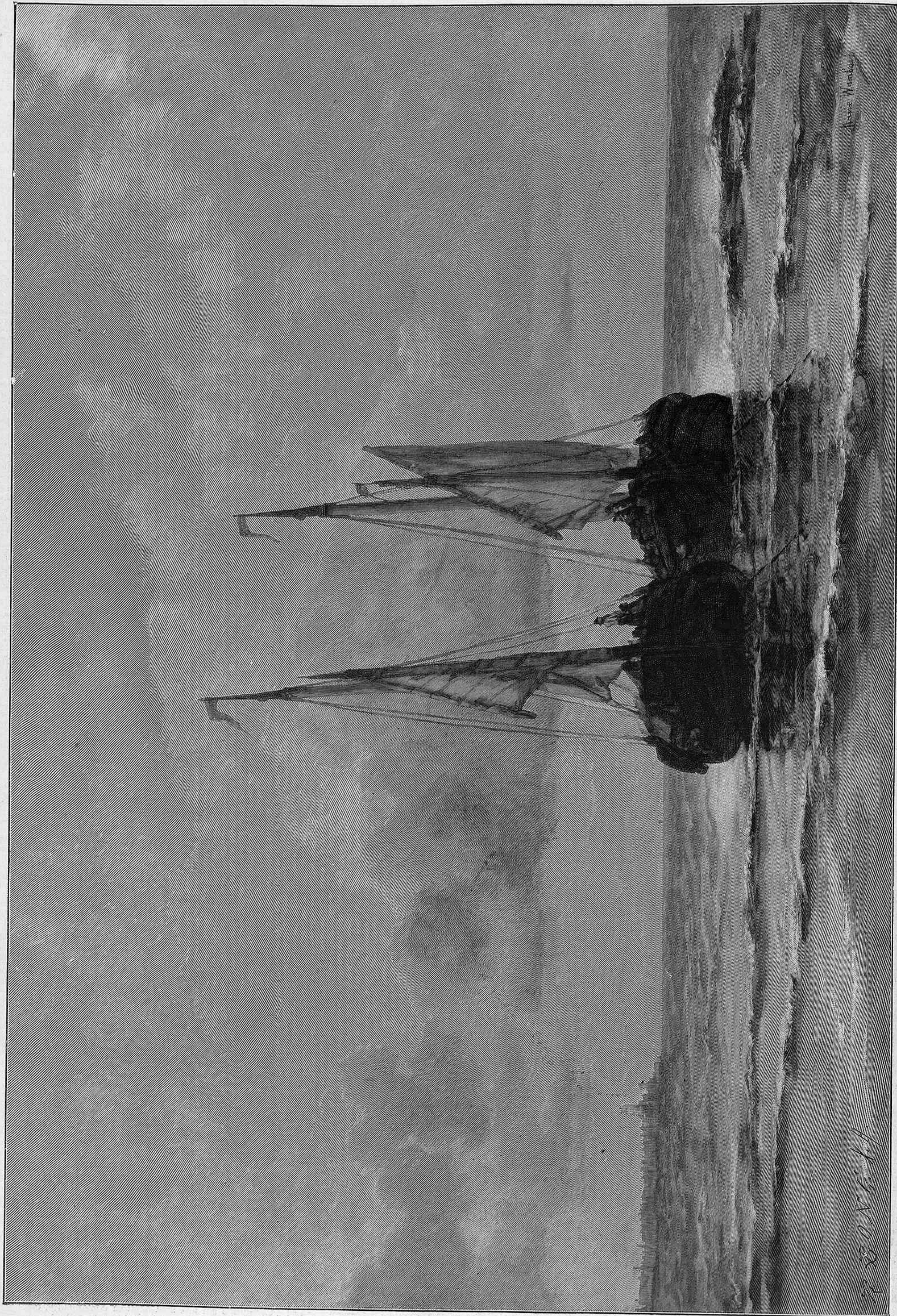
El general OTUBO, jefe de la 6.ª división del ejército japonés

navegando. Esto no obstante, el *Varyag* llegó al puerto á cosa de la una. El espectáculo que ofrecía el puente era horrible; sangre y restos humanos en todas partes, una carnicería jamás vista por ninguno de los presentes; y por añadidura, el incendio que había estallado desde el principio del combate. A las cinco, el crucero ruso se hundía, después que el resto de su tripulación hubo sido salvado por el *Pascal*.

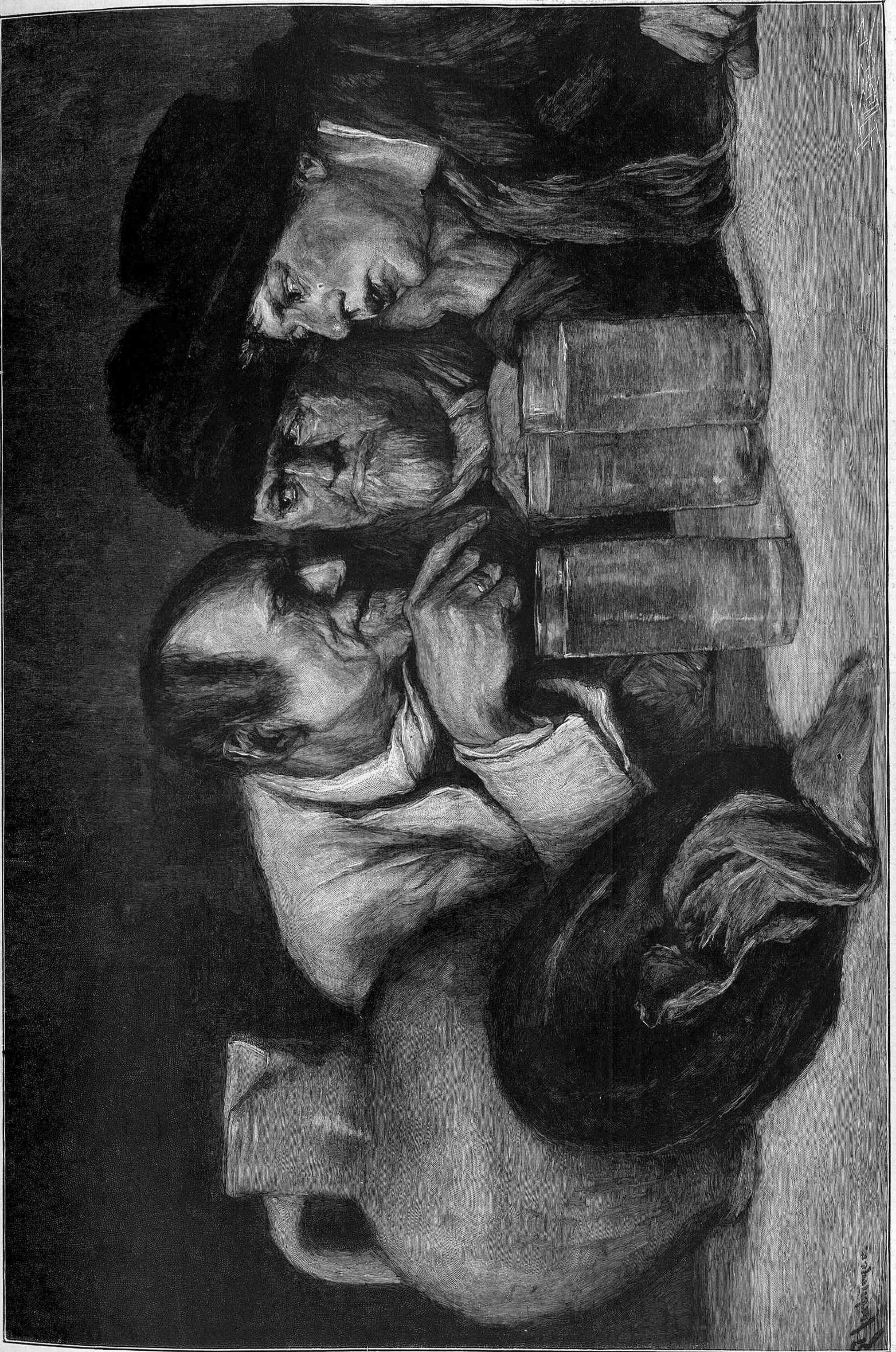
El *Koreetz*, á pesar de encontrarse durante el combate sólo á 200 metros del *Varyag*, no recibió un solo proyectil y regresó á Chemulpo sin una sola baja: su comandante, convencido de que la lucha era imposible, había adoptado las disposiciones necesarias para echar á pique su barco en medio de la pelea.

cuando aún no tenían noticia oficial de la declaración de guerra, los comandantes de aquellos tres buques conferenciaron á bordo del *Talbot* y redactaron una protesta enérgica contra la conducta del almirante japonés, avisando al propio tiempo al comandante del *Varyag*, que ignoraba las intenciones de Uriu, pues el mensajero que éste le enviara con una carta notificándole su resolución, no cumplió el encargo de entregársela inmediata y directamente.

El comandante del *Varyag* se avistó con los comandantes del *Pascal*, del *Talbot* y del *Elba* y les pidió que acompañaran á los dos barcos rusos hasta que estuvieran en alta mar, petición á la cual no pudieron naturalmente acceder aquéllos.



MARINA, cuadro de María Wambach



EN LA TABERNA, cuadro de Edmundo Harburger

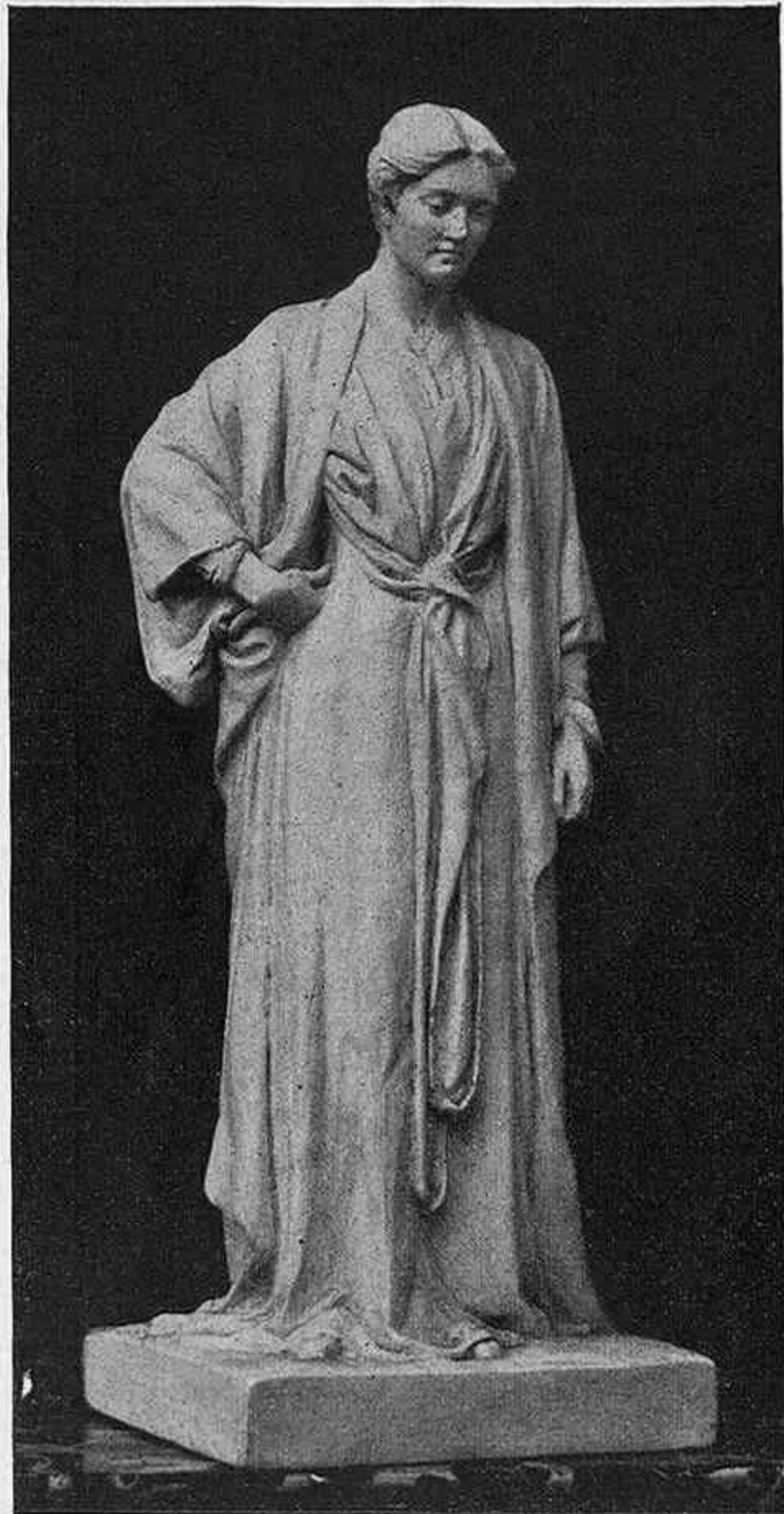
Pocos minutos después de su regreso al puerto, y una vez en seguridad su tripulación, el buque volaba tras dos formidables detonaciones y entre los hurras de los marinos extranjeros, expectadores de tanto heroísmo.

Los rusos, no queriendo dejar nada en poder de los japoneses, incendiaron el buque mercante *Sungari*, cuya tripulación fué también recogida por el *Pascal*.

Aunque pasaron los tiempos caballerescos y hoy en la guerra todos los medios se consideran buenos si pueden conducir al fin que se persigue, hay que confesar que la victoria de Chemulpo, tan cacareada por los japoneses, no constituirá ninguna página gloriosa para la historia del Imperio del Sol Naciente.

Otro rasgo de heroísmo de la marina rusa es el de dos tripulantes del torpedero *Stereguchti*, que se perdió en el combate de Puerto Arthur del día 10 de marzo, según dijimos en nuestra penúltima crónica. Cuando este barco, por haber sufrido una gran avería, hubo de quedarse rezagado del resto de la escuadra rusa, vióse rodeado por varios buques japoneses, uno de los cuales le abordó. Un oficial japonés saltó á bordo del torpedero para amarrar un cable á fin de remolcarlo; allí pudo presenciar un espectáculo horrible: el puente estaba lleno de muertos y heridos, y de toda la tripulación sólo quedaban ilesos dos marineros, que al ver al oficial desaparecieron en el interior del barco, y encerrándose en él, se negaron á contestar á las intimaciones que aquél les dirigía. De pronto, el torpedero comenzó á hundirse: los dos marineros acababan de abrir las escotillas, prefiriendo sepultarse en el mar con su buque á que éste cayera en poder del enemigo. Tan brusca fué aquella operación, que el barco remolcador apenas tuvo tiempo de cortar el cable para no ser arrastrado por el torpedero al fondo del mar.

Hay en Tokio una catedral rusa y un obispo ruso, Nicolai, que ha convertido á muchos japoneses á la religión ortodoxa. Cuatro días después de la ruptura de hostilidades, Nicolai reunió á los más notables de sus fieles y les habló en estos términos: «No puedo resolverme á separarme de vosotros y no saldré del Japón, á menos que este sea vuestro deseo. Soy súbdito del tsar y particularmente roga-



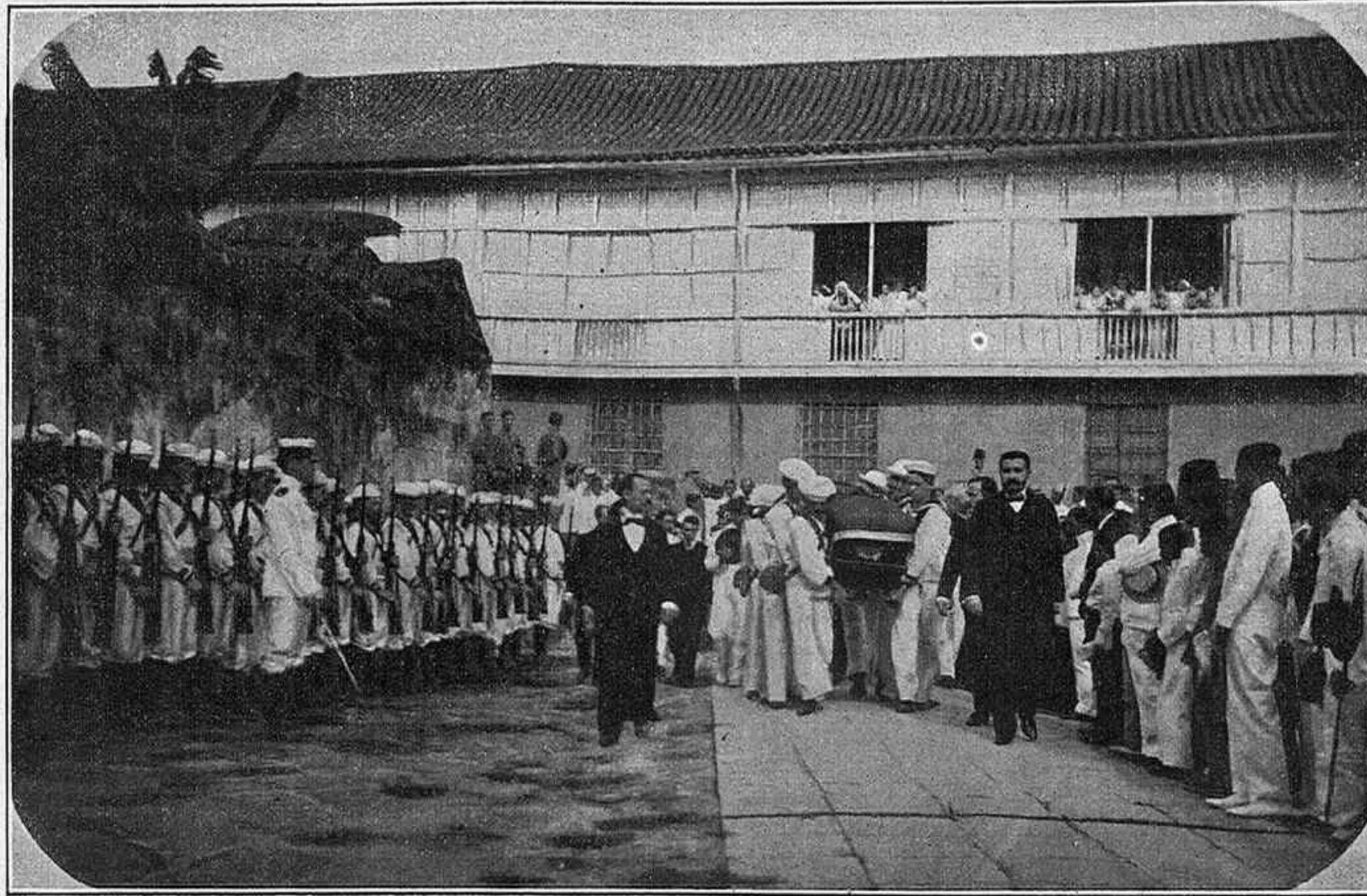
Estatueta modelada por Miss Effie Stillman

ré por mi emperador, como vosotros, que sois japoneses, rogad en público por la patria japonesa. Y si recibís la noticia de una victoria de vuestras armas, celebrad en la iglesia vuestras acciones de gracias. Nuestro Señor nos enseña el patriotismo y la lealtad. El Dios Justo juzgará de nuestras causas y dará la victoria á la que la merezca.»

Difícil es ciertamente la situación de este obispo, pero más aún lo es sin duda la de los ortodoxos japoneses en presencia de esta guerra entre su soberano legítimo y su jefe espiritual, entre el Mikado, encarnación secular de la patria y el Tsar de Rusia que es para ellos el vicario de Jesucristo en la tierra. - R.

NUESTROS GRABADOS

Manila. Traslación de los restos de los héroes de Cavite y de Baler.—Solemnes fueron los actos que el día 14 de febrero último se verificaron en Manila en honor de los héroes que en Baler y en Cavite perdieron gloriosamente sus vidas en defensa de la patria. Poco después de las ocho de la mañana, atracó al muelle de Anda la lancha que conducía los restos de los marinos muertos en Cavite y que, puesta en un armón de artillería y escoltada por fuerzas de marinería é infan-



MANILA. - Traslación de los restos de los héroes de Cavite y de Baler (de fotografía remitida por D. Vicente Arias y Fernández)

tería de marina yanquis, fué llevada á la iglesia de San Agustín, en donde estaban ya reunidas todas las autoridades de Manila, la población española, la colonia extranjera, muchos significados filipinos y multitud de personas de todas clases. Allí fué colocada la urna sobre sencillo y severo catafalco, al lado de otra que encerraba los restos de los militares que murieron en Baler; el túmulo, adornado con innumerables coronas de flores naturales y artificiales, estaba rodeado de blandones y de lámparas funerarias. Después de celebrada una misa y de cantados unos responsos por el señor Deán de la Catedral de Manila, asistido de dos sacerdotes regulares, los féretros fueron colocados en sendos arcones de artillería y conducidos al muelle de Anda, precedidos y escoltados por fuerzas del ejército yanqui, por la colonia española y extranjera y por una muchedumbre de filipinos. Después fueron embarcados en la lancha *Comillas* y desde ésta trasbordados al vapor *Isla de Panay*, que los ha traído á España. En Barcelona y en Madrid, los restos de los héroes de Baler han sido recibidos con respetuosas manifestaciones de duelo, á las que se asociaron los elementos civiles y militares, particulares y oficiales y el pueblo, rindiendo un último y piadoso testimonio de admiración á los que sucumbieron en lejanas tierras defendiendo el honor de la bandera española.

Estatueta modelada por Miss Effie Stillman.—Cada día van siendo más las mujeres que cultivan las bellas artes; pero la mayoría de ellas se dedican á la pintura, siendo muy pocas las que se inclinan á la escultura. Por esto son más dignas de aplauso las que arrostrando las dificultades especiales que al temperamento femenino ofrece la plástica, llegan á producir obras que llaman la atención de la crítica y del público. La notable artista inglesa Miss Effie Stillman se encuentra en este caso: su bellísima estatueta, que figuró en una exposición celebrada recientemente en Brighton, merece incondicionales elogios por la naturalidad de su actitud, por la corrección de sus líneas, por la armonía de sus proporciones y sobre todo por la sobriedad y soltura que en ella campean.

Marina, cuadro de María Wambach.—Es este un género de pintura poco cultivado por las mujeres que al arte se dedican; sin embargo, la pintora belga María Wambach es en él una maestra en toda la extensión de la palabra. Esposa de un notable compositor, no ha necesitado la fama de su marido para ocupar una posición elevada en su ciudad natal, Amberes; aun sin esta circunstancia se la habrían conquistado sus preciosas marinas, que el público admira con entusiasmo, la crítica aplaude sin reservas y los aficionados compran á buen precio, y que figuran en la mayoría de las colecciones particulares y en los salones de las familias más pudientes de aquella rica capital. Sus obras suelen tener reservado un puesto en las salas de honor de las exposiciones que cada tres años se celebran sucesivamente en Bruselas, en Amberes y en Gante, y en una de las últimamente verificadas, el rey de Bélgica Leopoldo II quiso que le presentaran á la autora de aquellos cuadros que tanto le habían cautivado. El que en el presente número reproducimos es buena muestra del talento de tan notable artista, así por la grandiosidad de su concepción como por la amplitud y firmeza con que está pintada.

En la taberna, cuadro de Edmundo Harburger.—El celebrado artista muniquense cuyo nombre ha popularizado la tan conocida revista alemana *«Fliegende Blaetter»*, es un gran observador y un excelente dibujante; su lápiz hábil y seguro reproduce en un sencillo perfil lo esencial de una figura, no sólo con exactitud irreprochable, sino también con vida y expresión extraordinarias. Su especialidad son los tipos y escenas de las tabernas y cervecerías bávaras, esos grupos de be-

bedores que en torno de rústica mesa y sentados en toscas banquetas discuten entre trago y trago de vino ó de cerveza los más importantes asuntos de la localidad ó conciertan sus negocios particulares. Harburger, además de notabilísimo dibujante, es pintor peritísimo; tiene el sentimiento del color, sabe armonizar como pocos con los tintes más fuertes los más delicados y suaves, y cuida con gran esmero de los detalles, aunque sin perder nunca de vista el conjunto. Es enemigo de los contrastes violentos, de todo cuanto tienda á efectismo; el arte que prevalece en el cartel moderno no es el arte á que rinde culto Harburger como pintor, y decimos esto porque si con el lápiz algunas veces le gusta ejecutar trazos enérgicos, con el pincel busca con preferencia los tonos delicados. No se crea por esto que es un detallista exagerado, que todo lo sacrifica á esas minuciosidades que rara vez corresponden á un verdadero genio; antes al contrario, en sus telas la labor nimia resulta secundaria si se la compra con el efecto total de la composición. Dígalo, si no, *En la taberna*, ese bellísimo lienzo en el que los tres bebedores están trazados con una sobriedad y una valentía superiores á todo encomio y tienen una expresión tan intensa, que no se necesita gran perspicacia para deducir de sus fisonomías y de sus actitudes sus respectivos temperamentos y los pensamientos que cruzan por su mente en el instante en que el artista los ha sorprendido engolfados en su interesante conversación.

Los últimos rebeldes, cuadro de Benjamín Constant.—Delante de una muralla de rojos ladrillos en la que se abre una puerta ojival de pesado estilo, que sirve de entrada á la ciudad de Marruecos, se extiende una arenosa llanura en la que están tendidos, alineados simétricamente, los jefes de las tribus rebeldes que, muertos ó vivos,

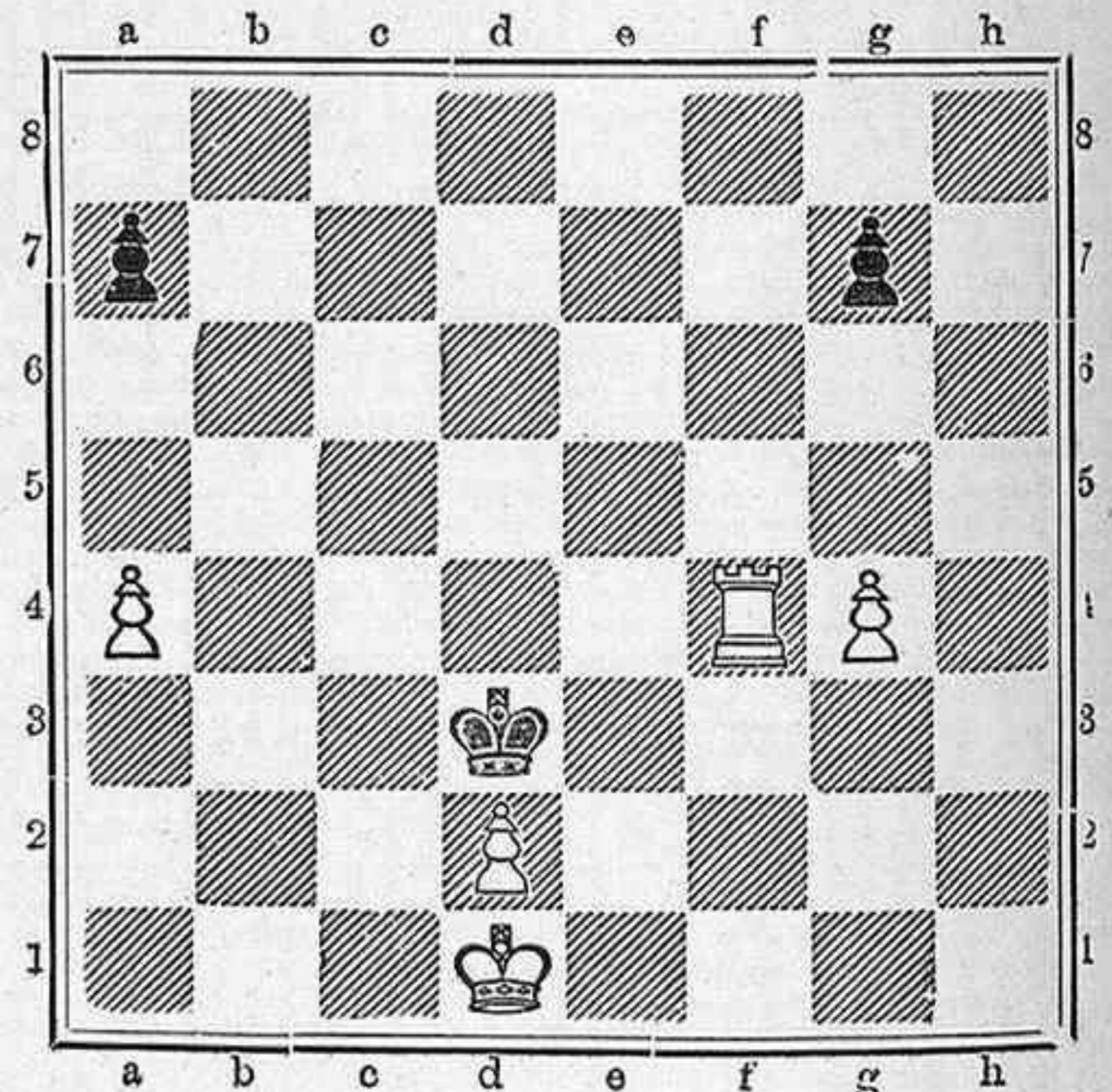
son llevados á la presencia del sultán. Este, montado á caballo y rodeado de oficiales y portaestandartes magníficamente vestidos, pasa revista de aquellos cadáveres y de aquellos prisioneros cuya suerte está en sus manos, mientras la multitud, agrupada á lo largo de la muralla, contempla la escena que ante sus ojos se desarrolla. El carácter siniestro del asunto forma singular contraste con la brillantez de los trajes y con los colores deslumbrantes que ha tenido que emplear el artista para ajustarse á la realidad. Este cuadro, uno de los más hermosos sin duda que ha producido el pincel del tan justamente renombrado pintor francés, figuró en el Salón de París de 1880 y fué adquirido por el Estado, que lo instaló en el Museo del Luxemburgo.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, Bd ITALIENS, PARIS.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 359, POR W. PAULY.

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en seis jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 358, POR S. LOYD.

- | | |
|----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. D e 5 - b 8 | 1. T a 8 x b 8 |
| 2. C f 3 - e 5 | 2. Cualquiera. |
| 3. C mate. | |

VARIANTES.

- 1.... C b 1 - d 2; 2. C g 5 - f 7 jaque, etc.
 1.... g 4 x f 3; 2. D b 8 x a 8, etc.
 1.... Otra jug.ª; 2. D b 8 x a 8 ó C g 5 - f 7 jaq., etc



Se permitió recordar á aquella señora que tenía comprometido con él el vals número 2

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

XIII

Otra extravagancia de Luciano

Y sin dar tiempo á Anselmo para contestarle, se echó á reír clamorosamente de su propia argucia.

Al hombre que es el primero en reír de lo que dice, lo menos que puede concedérsele es una sonrisa, y yo me sonreí; Anselmo se creyó obligado á dar alguna disculpa que el otro, por fortuna, interrumpió diciendo:

—No admito disculpas: ¿es usted ó no un amigo de la casa? Pues si lo es usted, venga mañana á tomar te con nosotros..., y usted también, añadió dirigiéndose á mí; me complacerá en extremo estrechar más nuestra amistad, aparte de que los amigos de los amigos... ¡Ja, ja! Siempre así, siempre así; ustedes me verán constantemente alegre; el buen humor me transpira por todos los poros; mi alegría es, por decirlo así, contagiosa, y los hocicos de dos varas tienen que habérselas conmigo. ¡Ja, ja, ja!

Aquella vez lo menos que se podía hacer era reír con él. Pero también era todo lo más, porque, como todos los hombres persuadidos de que tienen gracia, Albruzzi llevaba siempre la palabra, sin tolerar interrupciones, é interrumpiendo con los labios, con el ademán y con la sonrisa, al interruptor.

—Siento mucho no poder estar más tiempo con ustedes; pero los deberes de un amo de casa son, ¿qué diré?, son deberes: hay una señorita que ha de cantar..., ¡ya, ya oírán ustedes!; pero tengo que dejarles, por más que su compañía me sea gratísima... Con permiso... Dentro de una hora cuando más empezará el baile: ¿usted bailará, no es verdad, amigo Anselmo? ¡Ah! Allí veo á mi señora que mira hacia aquí; quizás me necesite... Con permiso...

Y se marchó andando á saltitos como de costumbre, moviendo la cabeza á derecha é izquierda para mirar en los espejos el efecto de su propia persona.

Las palabras de aquel hombre habían perturbado el ánimo de Anselmo; le miré, me miró de soslayo y no dijo una palabra.

Yo no pude menos de pensar que entre el hombre insubstancial, ligero y vanidoso, y mi Anselmo, lleno de corazón, rico de entusiasmo y de ingenio, mediaba una distancia enorme, la distancia que va de la confianza á la doblez, del hombre honrado que duerme plácidamente en su lecho y el ladrón que escucha á la puerta de su casa.

Un confuso murmullo surgió en un punto del salón y se comunicó rápidamente á la muchedumbre de los convidados. Busqué con la vista la causa de aquel murmullo, y vi un hombre alto y bien formado, de maneras sueltas, sonriente, que cruzaba el salón con paso rápido, dirigiéndose á saludar á la señora Albruzzi, la cual estaba sentada en un diván, rodeada de un grupo de aduladores.

Creía soñar al ver á aquel hombre, y sin embargo, no cabía duda: era él, el Sr. Luciano Castelli.

Su traje irreprochable, la elegante desenvoltura de su porte, lo transformaban hasta hacerlo casi desconocido.

El retraimiento, mejor dicho, la *extravagancia* del Sr. Luciano era ya proverbial en Lugnano; por esto aquella aparición repentina en medio de una fiesta excitaba la curiosidad general.

—Mira, mira, decía á mi derecha un jovencuelo á su vecino; ¡cuando yo te lo decía! Esos misántropos acaban siempre así; si el dolor matase, hace tiempo que ese hombre estaría enterrado; pero, según parece, nadie se muere de dolor, y el que no muere, se cura.

—¡Morir por una mujer! ¡Morir por su mujer! ¡Bah!, decía otro, hombre de experiencia que aún no había cumplido diez y nueve años, con treinta dientes en la boca y treinta y dos pelos en el labio; ¡bah!, son cosas que no suceden ya en *nuestro* tiempo...

—¿Y estáis seguros de que la muerte de su mujer fué lo único que le trastornó el juicio?, añadió un tercero. Me dijeron que había también de por medio otro intrínsculo, algo así como un patrimonio consumido en el juego.

Mi vecino de la izquierda era un viejecillo enjuto de carnes, con dos patillas canosas que, con el auxilio de una pomada especial, lograban parecer verdes: tenía los lentes en la mano y no se los acercaba á los ojos sin protestar antes de que veía muy bien sin ellos.

—¿Quién es ese Sr. Castelli?, le preguntaba uno que por su pronunciación parecía forastero.

—Un desgraciado, un loco, un hombre de quien se habla mucho: entre otras cosas se dice que su difunta esposa le había hecho ver..., en fin, esos benditos maridos se creen con derecho de secuestrar exclusivamente para sí á una mujer guapa; ¿le parece á usted? ¿Qué se haría en el mundo si no se hiciese la corte á las mujeres ajenas? Nosotros los solteros...

—Es un guapo mozo, interrumpió otro, y no tiene trazas de loco.

—Sí, no lo parece...

—Mire usted: está hablando con la señora Albruzzi..., observe usted qué colorada se ha puesto ella.

—Se ha puesto como una grana: lo veo muy bien sin necesidad de los lentes.

—Le sonríe y él la sonríe... ¡Sabe Dios lo que le estará diciendo! ¿Qué le dirá?

El caballero de las patillas verdes se resignó á valerse de los lentes, que separó al punto de los ojos como si tuviese miedo de adquirir mala fama.

—Sí, lo veo muy bien..., le sonríe.

Picóme la curiosidad hasta tal punto, que instintivamente me acerqué á Luciano, confundíndome entre la concurrencia.

La bella dama había acogido á Castelli con un movimiento de sorpresa, no sé si agradable ó desagradable, pero intensa á no dudarlo; sus mejillas sonrosadas se pusieron del color de la fresa silvestre, y sus ojos, muy abiertos y fijos, decían todo lo que la boca se resistía á expresar.

Aquel estupor fué cosa de un momento; la mujer se acordó de la dama hermosa, y de aquel fugaz abandono salió con la acostumbrada sonrisa de triunfo en los labios, con el relampagueo de la lisonja en la mirada, más bella y más tentadora que nunca.

Pero Castelli parecía insensible á tan pomposa exhibición de encantos; contemplaba sin pestañear aquel rostro incomparablemente bello, con la suprema indiferencia del hombre que no es ya de este mundo, sin desviar temerosamente la mirada, sin la fiebre de la admiración y del deseo.

Si la señora Albruzzi se proponía encadenar á su yugo un admirador más, su esperanza debía frustrarse aquella vez; Luciano era capaz de decirle muchas galanías, como en efecto se las decía, pero seguramente sin sentir ninguna; sus adulaciones, sus piro-

pos fluctuaban sobre un fondo de ironía, que parecía un vicio natural del alma, de modo que no se sabía si debían tomarse en serio ó no.

Las frases de Luciano no eran esa necia charla, aderezada con lisonjas y figuras retóricas, á que la tenían acostumbrada los galanteadores vulgares; eran una alabanza seria, grave, mesurada, pronunciada entre sonrisas, con la despreocupación de un naturalista que se halla en presencia de un fenómeno observado otras veces; una alabanza que imponía la modestia y el rubor, truncando en los labios la respuesta de la coquetería y de la vanidad.

Fácil era advertir que el lenguaje de Castelli cohibía á la bella dama; sus armas se le quebraban á ésta en la mano; y rápidos sonrojos y palideces rápidas alternaban cual relámpagos en su hermoso rostro.

La aparición de Luciano Castelli en aquella fiesta, y más que todo su modo de presentarse, engendraban en mi mente cien fantásticas suposiciones. ¿Aquel retorno al mundo de las cosas era en efecto indicio de verdadero alejamiento del mundo de las imágenes? ¿Se había desprendido absoluta y enteramente del pasado? ¿Se sentía preparado á aceptar la vida frívola y despreocupada del hombre sin afectos, sin vínculos, sin recuerdos? ¿Y tan completa transformación podía haberse efectuado de golpe, sin dejar huella alguna en su rostro, ni siquiera á los ojos piadosamente escudriñadores de la amistad? ¿Y era, y podía ser, firme, incontrastable, duradera?

Yo buscaba una respuesta á todas estas preguntas en el semblante de aquel á quien me obstinaba en llamar «mi pobre amigo.» La observación es de efecto seguro, porque no es posible que con un poco de buena voluntad no se logre discernir en la nariz ó en los ojos ó en la frente de un hombre bien nacido lo que á toda costa se quiere que haya en ellos.

Habíame metido en la cabeza que la cara de Luciano debía revelarme algo, y he aquí, sucintamente expuesto, el resultado de mis indagaciones.

Su frente, surcada por lo común de arrugas horizontales (las arrugas de la meditación y de la melancolía), presentaba á modo de nublados breves y repentinos, como ciertos días estivales en que el sol juega al escondite; estos nublados parecían vagar un instante y se reunían en un hacedillo de arrugas verticales (las arrugas del mal humor y del enojo) en el vértico nasal: los ojos hundidos despedían relámpagos lívidos, miradas atravesadas, sospechosas, y las cejas (arco iris de la faz, como las llama David) parecían más bien en ciertos momentos arcos de salvajes, y tenían contracciones bruscas como si se tendieran para disparar flechas envenenadas; los labios, ora sonrientes, ora fruncidos por la ironía, disimulaban con trabajo una profunda amargura; solamente la nariz, satisfecha de servir de pedestal á aquellos hacedillos de tempestades, no tomaba parte activa y era testigo indiferente de lo que pasaba.

Con todos estos datos en la mano, era fácil dar rienda suelta á la imaginación; pero en aquel momento me pareció que Luciano se volvía á mirar hacia donde yo estaba y que desviaba la vista como turbado, y que á aquella mirada y aquella turbación sucediese en el rostro un leve rubor.

Al poco rato saludó cortésmente á la señora Albruzzi y vino á buscarme. Preguntóme por mi salud y yo le pregunté por la suya.

—Estoy perfectamente, como ve usted, contestó procurando no mirarme á la cara.

—Es una velada agradable, le dije.

—Muy agradable, me contestó.

Y estrechándome la mano con fuerza, me dejó para irse al extremo opuesto del salón.

Mientras Castelli hablaba conmigo, me pareció notar que la señora Albruzzi nos miraba; pero no había podido sincerar la cosa sin demostrar «á mi pobre amigo» las nuevas sospechas que me pasaban por la cabeza.

Apenas se separó de mí, miré á la señora Albruzzi, luego á él, y en seguida otra vez á la bella dama. Un jovencillo había ocupado el puesto que quedó desocupado junto á esta señora, á la cual hablaba con vivacidad; pero ella le contestaba distraídamente y miraba á hurtadillas á Luciano; él—«mi pobre amigo»—se alejaba sin volver la cabeza, saludando á derecha é izquierda con el aire de un hombre que, al dignarse volver á entrar en el mundo, entra en él como conquistador.

Luciano me había hecho olvidar á Anselmo.

—¿Ha visto usted á Anselmo?, me preguntó el señor Albruzzi.

En lugar de contestar, miré á mi alrededor.

—Hace media hora que lo ando buscando. Se le necesita: es el cuarto caballero de un rigodón, y en

seguida se va á dar la señal... ¿Sabe usted bailar rigodones?

—Un poco.

—¡Bravo! Pues venga usted á ocupar el puesto de su amigo; le presentaré á su pareja, es decir, á la que debía ser su pareja, y le quedará á usted agradecida.

Así diciendo, me cogió de la mano y me llevó, sin ocurrírseme siquiera oponer resistencia, á presentarme á su consorte, la adorable señora Laura Albruzzi.

Ella aceptó el cambio sonriendo y me dió las gracias; yo solté á media voz una de esas sandeces que pasan por rasgos de ingenio, tomé posesión de una silla que había quedado vacía y me senté á su izquierda.

La conversación, que empezó por lugares comunes, vino á parar en una especie de intimidad que tuve la precaución de considerar con alguna suspicacia.

Concluído el rigodón, en vez de dejarme retirar, la señora Albruzzi me preguntó, con su más halagadora mirada y con la indiferencia del que, para entablar la conversación, indaga al vuelo la primera idea que le viene á las mientes:

—Es usted amigo del Sr. Anselmo, ¿no es cierto?

—Somos amigos de la infancia, le contesté empezando á creer á Anselmo más afortunado quizás de lo que él mismo se figuraba.

Desgraciadamente aquella pregunta no era más que un puente para pasar á esta otra, hecha con la misma inflexión de voz:

—¿Y también es usted amigo del Sr. Castelli?

—Sí, señora.

—¿Tiene usted mucha intimidad con él?

Para explicar la especie de intimidad que tenía «con él,» hube menester de muchas palabras.

—¿Conque es un hombre muy raro?

—Hasta ahora ha pasado por misántropo; pero yo siempre lo he tenido por melancólico.

—¿Por qué dice usted hasta ahora?

—Porque probablemente mañana no se dirá que es misántropo el hombre que ha asistido á una fiesta.

—¿Y qué se dirá?

—Señora, el mundo no se corrige de pronto: seguirá diciendo que es un loco; buscará las causas de su nueva conducta, y si no las encuentra, las inventará.

La bella dama no contestó; yo seguí la dirección de sus miradas, y vi en un corrillo compuesto de hombres y mujeres á Luciano, que, con la frente serenamente hermosa, con noble actitud, dominaba y entretenía á las personas que lo rodeaban. Sus palabras, animadas de insólito fervor, llegaban débilmente hasta nosotros.

—Parece que allí se divierten, dijo la señora Albruzzi haciendo un leve movimiento de despecho.

Y poniéndose en pie, pareció invitarme con la mirada á seguirla.

Yo pensé que, puesto que no la divertía, podía quedarme donde estaba, y fingiendo no haber comprendido su deseo, la saludé cortésmente y no me moví.

En aquel momento vi de pie en el hueco de una ventana con los labios contraídos de amargura, los ojos clavados en el suelo, al desdichado Anselmo. Me acerqué á él cariñosamente y le interrogué; guardó silencio, luego se excusó, y por último una confesión penosa, amarga, desesperada, surgió de su pecho mezclada con sollozos.

Anselmo amaba á aquella mujer, la amaba perdidamente y estaba celoso.

En pocas palabras me dió á conocer todo el fondo de su corazón: estaba celoso de Castelli, á quien tenía por rival; el amor no le cegaba; había visto que su rival era ó estaba á punto de ser preferido, que quizás era amado; la sangre se le subió á la cabeza, y había huído de aquella casa resuelto á no volver á ella; mas no bien estuvo en la calle, los celos lo contuvieron; semejante á un perro atado á la cadena, no podía alejarse de la casa donde otro sondeaba en aquel momento, con mejor fortuna, el corazón de la sirena; luchó en vano, y poco después, dócil al dolor como un esclavo, volvía á saborear todo el amargo deleite del amor no correspondido.

XIV

La fortuna amorosa de Anselmo

Pocos días después recibí una carta de Bissone. Anselmo, con el cual había yo pasado la noche anterior entre copa y copa, me escribía desde casa de Próspero lo siguiente:

«Querido amigo: Perdóname si te he engañado, si he fingido contigo una fuerza de voluntad que estoy lejos de tener, si ni siquiera por ti me he quitado

esta máscara de indiferencia y de hilaridad que hace algunos días llevo en público como una librea.

»No es verdad, no, que la haya olvidado; no es verdad que no pienso en esa mujer, que no la amo ya. No se rebela únicamente mi corazón contra ello, sino también mi voluntad; y aunque pudiera arrancarme este afecto y arrojarlo lejos, no lo haría, no quisiera hacerlo. Hay algo de fatal en este amor impotente que me destroza. ¿Qué puedo yo, qué puedes tú hacer para curarme de él, si la idea de la culpa no ha sabido contener el delito?

»Tú conoces mi pasado; tú sabes cómo vivía, cómo sufría sin advertirlo; todas mis facultades estaban como dormidas; mi corazón, mi pensamiento, mi voluntad estaban supeditados por un pacto de indolencia. Y tú me escribías estas palabras que me han llegado al corazón: «Desecha esa inercia que te mata; tu juventud esta en su ocaso, y tú no has sido nunca joven, tú no has vivido nunca. ¡Animo! El mundo tiene su fango, pero también tiene sus perlas; procura recoger una y habrás vivido.» He podido encontrar con el tiempo mi pensamiento y el mundo de que me hablabas; hoy he encontrado los afanes, he encontrado mi corazón.

»Mas por lo mismo que lo he encontrado, no puedo hacerme ya sordo á su voz; mi afecto me es grato, mi mismo dolor lo es. Si no puedo extinguir la sed de felicidad que me devora, me embriagaré con el dolor, con el frenesí de la lucha, con las seducciones de una esperanza culpable. La apatía, la resignación, la calma, me son ahora enojosas; sé que me matarían; era menester no salir de ellas nunca ó salir para siempre.

»Me he dicho á mí mismo: «El amor de esa mujer me es necesario,» y á cada momento de mi vida, entre las angustias del afán, entre las torturas de los celos, en los arrebatos del odio y del amor, oigo siempre dentro de mí el eco de estas palabras. «El amor de esa mujer me es necesario.»

»He allanado todas las vallas que podían separarme de ella: he dicho á la conciencia «calla» y al corazón «late más fuerte,» y he pasado con los ojos cerrados para no ver el peligro. En mi propósito, esa mujer es mía; ninguno puede disputármela; ella misma no lo puede sin remordimientos. Porque mi amor es cosa suya, porque ella lo ha querido, lo ha provocado, porque su maravillosa belleza nunca hubiera podido nada contra mi corazón si no hubiese agregado á ella las insinuaciones encantadoras de la sirena. Otras cien mujeres tan hermosas como ella, y aun algunas más hermosas, no habrían suscitado en mí más que una fría admiración; pero la fiebre que siento hoy por vez primera y tal vez por la última, me la ha infundido ella misma en las venas. Ha hecho de mí otro hombre; ha querido que yo sacrificase en un voto culpable mi conciencia, mi honor, mi dignidad de hombre honrado, de la cual había conservado intacto el orgullo, y lo he sacrificado todo.

»Todo esto es una deuda que se paga; ella debe devolverme una por una las luchas que he reñido, las torturas que he soportado. Después de haberme llenado de pasmo el corazón, no puede permanecer indiferente á mi quebranto; no puede agregar la bafa, no puede añadir el insulto, y su indiferencia es una bafa y un insulto.

»El corazón de esa mujer me pertenece, porque lo he pagado muy caro.

»Bien lo sabes: hace quince días que devoro en secreto mi dolor, que persigo desatentado la quimera del olvido; bien lo sabes: la indiferencia que aparecía en mi rostro, no estaba, no, en el corazón, y sin embargo, el deseo de volverme indiferente se había aferrado á él con la obstinación puntillosa de un loco. Esta misma mañana, al dejar á Luciano, tenía el propósito de no volver en mucho tiempo; pero había medido mal mis fuerzas; ahora conozco que no me es posible pasar una sola hora lejos de ella sin que me abraze el deseo de estar á su lado. Había escogido mal el remedio: no podría llegar á la indiferencia sino por el camino del desprecio, y jamás se desprecia sinceramente á una persona lejana.

»Por otra parte, mis sentimientos se han modificado mucho en esta jornada de reflexión; soy joven, me siento fuerte y animoso: ¿por qué he de aceptar una vergonzosa resignación... y por quién?.. Puedo luchar, puedo defender mi felicidad, puedo arrancar la mano del ladrón que se extiende sobre mi corazón. ¿Tengo verdaderamente un rival? No lo sé, pero mis celos me hacen temer uno en cada hombre: ¡oh!, si me amase, ¡cuán altivo y desdeñoso me sentiría ante sus inciensos vulgares! Pero ¿quién me dará fuerza para combatir ese espectro que se ha lanzado de improviso á través de mis afectos? Lo presiento: ese hombre el déspota de mi destino, y tiene en la mano todos los hilos de mi corazón. Laura me habría amado quizás algún día, tal vez ese día no estuviese lejano, y

mi ventura estaba ya preparada... Cuando él se ha presentado la he visto palidecer, y al oír sus primeras palabras, ponerse encarnada de placer y sonreír como poco antes me había sonreído; desde aquel día yo no he sido nada para ella, mis asiduidades la molestan, y mi amor, tratado como un objeto sin valor, sólo es bueno para provocar una mirada de coqueta ó un chiste vulgar.

«¿Quién es ese hombre? ¿Qué representa en la vida de Laura? ¿Qué vínculos existen entre ellos? No me he hecho hoy solamente estas preguntas; cuando tú no veías en tu «pobre Luciano» más que un hombre desventurado, un instinto secreto me había dicho hacía tiempo que tenía en él un enemigo, y á no dudarlo, si el pasado de ese hombre esconde un dolor grande ó una gran alegría, ese dolor ó esa alegría tienen conexión con Laura. No es cosa de hoy el encontrarlo en mi camino: al separarse del mundo ha dejado tras de sí algo de sí mismo; antes de presentarse personalmente, me ha hecho luchar con su fantasma.

«El buen Próspero, que me ha recibido con los brazos abiertos, que me ha dado su corazón y su casa, lo ignora todo. Tú eres el único que ve la lucha trabada en mi pecho; te debía una explicación de cuanto he hecho, de cuanto me resta que hacer...

«Mañana marcharé de aquí; mi destino, sea cual fuere, está ligado al destino de Laura. Quiero que me vea á su lado; que el reproche de mis miradas turbe una felicidad que debía ser obra mía; quiero que esa sirena absorba el veneno que ha derramado en mi corazón.»

**

El mismo día en que recibí aquella carta encontré á Anselmo. Apenas me vió, corrió á mi encuentro tendiéndome los brazos; yo hice lo mismo, y nos abrazamos estrechamente.

—¡Pobre Anselmo!, exclamé en voz baja, y meneé la cabeza melancólicamente, suspiré mirando al cielo y repetí con sincera conmoción: ¡Pobre Anselmo!

El pobre Anselmo se desprendió de mis brazos, me cogió las manos, me las sacudió con toda su fuerza, y clavándome en la cara dos ojazos de espiritado, me dijo con ansia febril:

—¡No digas pobre, sino feliz! ¡Feliz! ¡Yo estaba loco, loco de remate!

A mí me parecía que aún lo estaba, y le miré de soslayo.

—Sí, estaba loco, prosiguió Anselmo; hazte cuenta de que no has leído aquella carta; todo ha pasado...

—¿Hablas formalmente?

—Hablo con el mejor juicio de que soy capaz. Yo pensé que en ciertos casos el mejor juicio puede ser muy poco bueno.

—¿Conque ha pasado todo? Perfectamente. Según eso, estás ya en vías de curación?

—Mejor..., mucho mejor.

—¿Estás curado?

—¡Soy feliz!

—¡Ah!

—Laura me ama.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¿Te lo ha dicho con su propia boca?

—Me lo ha dicho con los ojos.

—¡Ya!

—Con la sonrisa, con un apretón de mano muy prolongado, con el alma...

—¡Esa mujer es un ángel!, dije por contener la burla en los labios.

**

Las veladas de casa de Albruzzi habían adquirido gran boga y estaban cada vez más concurridas; pero todos habían notado que Luciano hacía dos semanas que no había asistido á ellas; cosa que me daba mucho en qué pensar.

Anselmo en tanto no perdía el tiempo y se insinuaba con nuevo ardimiento para resarcirse de las ocasiones perdidas.

Una noche, al entrar en el salón un poco más tarde que de costumbre, le vi sentado al lado de la bella Laura en el mismo diván, en actitud de cariñosa intimidad. La satisfacción da sí mismo y el orgullo del amor le brillaban en la frente como una aureola. Sus ojos despedían ardorosos destellos, sus labios sonreían, sus ademanes tenían la firmeza y la vivacidad del hombre acostumbrado á no encontrar obstáculos en su camino. Si aquella no era la felicidad, era al menos su manifestación más ingenua, el júbilo.

No era posible negarse; Anselmo abandonó con visible disgusto el puesto que ocupaba al lado de la mujer amada.

Huelga decir que cuando volvió acompañado de un criado portador de una bandeja de refrescos, aquel puesto envidiable estaba ocupado por el señor Castelli.

Entonces también lo mejor que pudo haber hecho Anselmo era dar media vuelta y marcharse; pero nada de eso, se quedó al lado de Laura y de Castelli.

En aquel momento se oyeron las alegres notas de un vals, y Anselmo pareció respirar con más libertad; se inclinó ceremonioso ante la dama de su corazón, y con toda la galantería que le concedía el disimulo, «se permitió recordar á aquella señora que tenía comprometido con él el vals número 2.»

Pero ¡qué desgracia!, la señora estaba tan cansada, tan cansada...

—Es usted tan bueno, añadió sonriendo, que me perdonará...

Anselmo no tuvo el espíritu y la ingenuidad de salir del paso con un cumplido, sino que se inclinó fríamente y se alejó con la cabeza muy levantada.

Mi corazón aplaudió y dijo: «¡Bravo!» Sin embargo, ignorando los secretos vínculos que ligaban á Luciano con la señora Albruzzi, me desagradaba en extremo la conducta de esta mujer que empezaba á parecerme demasiado hermosa, pero nada más que hermosa.

Hacia ya rato que tenía vivos deseos de coger del brazo á Anselmo y llevármelo á otra parte; en vista de que él se retiraba espontáneamente, le seguí.

Luciano se había puesto algo pálido al observar el acto brusco de Anselmo, y al poco rato se levantó, saludó gentilmente á la bella Laura y se alejó. Entonces fué la sirena la que perdió el color, y mi corazón aplaudió y dijo «¡Bravo!» como antes.

Contra lo que yo esperaba, Anselmo no se había retirado enteramente, sino que se había detenido en un rincón contemplando con furiosas miradas la perfidia de la

mujer amada. Abandonar la propia amante en compañía de un rival, además de ser imprudente, es cosa superior á las fuerzas de un enamorado, y he aquí por qué mientras Luciano estuvo al lado de Laura, Anselmo se quedó; y cuando aquél hubo dejado la envidiada porción de trono, Anselmo quiso ocuparla y se acercó de nuevo á su reina.

El resultado, pensándolo bien, no debía maravillarme.

La señora Albruzzi acogió á Anselmo con una sonrisa irónica, lo miró de pies á cabeza enojada, y con la actitud de una Juno desdeñada, se levantó del diván.

XV

En que se da una mala idea del talento de los amantes no correspondidos

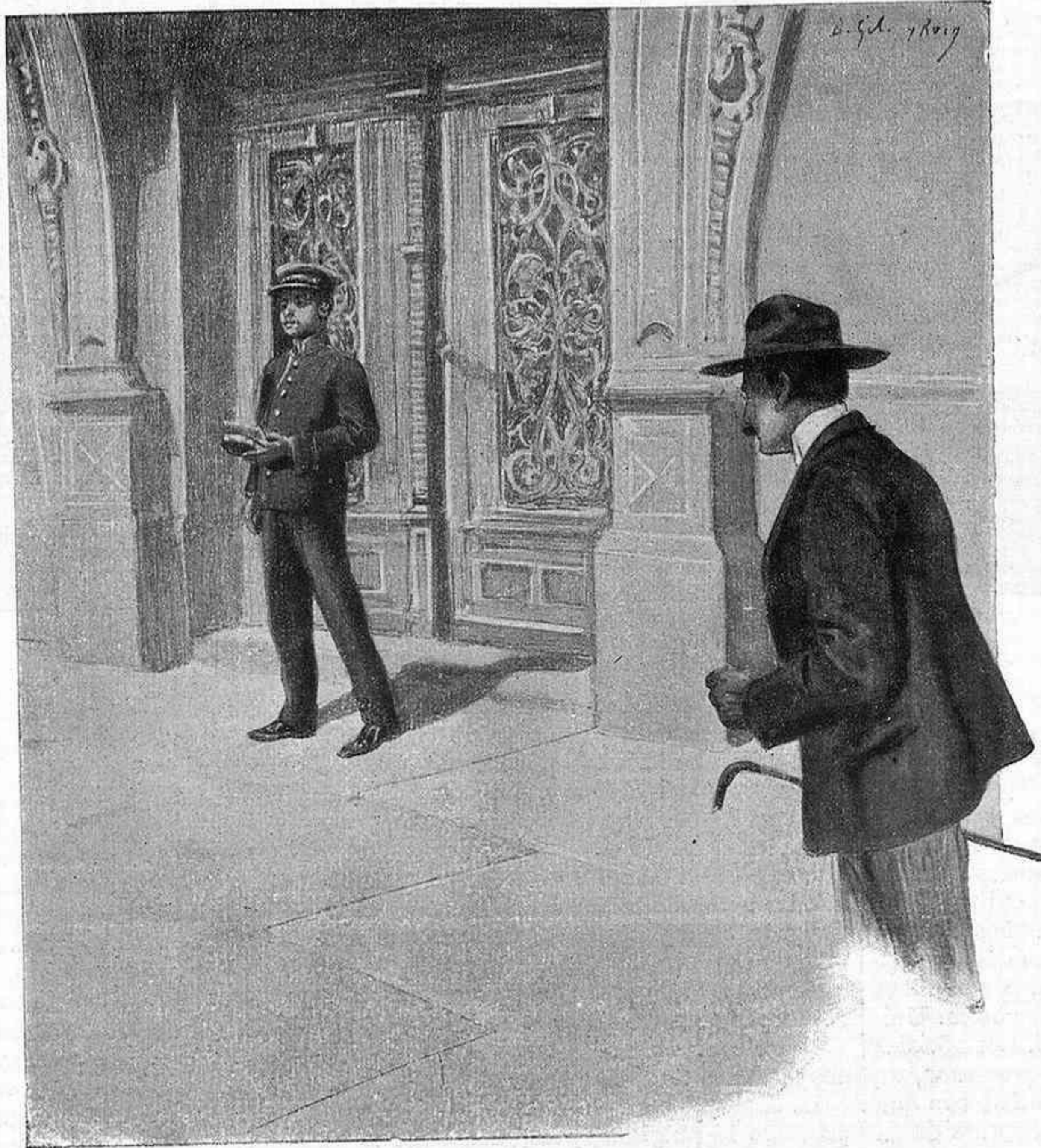
El estupor del enamorado dura poco rato; sucediéndole esa especie de fiebre que da el insensato anhelo de tomar un desquite—necio remedio únicamente bueno para agravar la enfermedad.

Yo vi á Anselmo levantarse bruscamente del diván como si cediera á un propósito repentino, pasarse con rapidez la mano por los cabellos y salir en seguida de la sala.

Un secreto instinto me indujo á seguirle.

Pasando por una larga serie de habitaciones, llegó á una sala casi desierta, desde la cual apenas se oía el alegre eco de los instrumentos. Un candelabro de muchas bujías alumbraba la estancia; ante una ancha mesa en la cual había algunos libros y periódicos estaban sentados dos ó tres convidados, hombres de edad madura que parecían embebidos en su lectura; y en el fondo, arrellanado en una butaca, veíase al Sr. Castelli. Tenía éste la cabeza apoyada en el respaldo y un libro en la mano; pero la mano estaba caída y el libro casi tocaba el suelo, mientras la vista, fija en lo alto, de seguro creía ver algo más allá del techo.

(Continuará)



un criado de aquella casa salía de ella con una carta y un estuche en la mano

—Mejor, pensé; el huracán ha pasado.

Y me acerqué á saludar á la dueña de la casa.

La hermosa dama hizo un movimiento de grata sorpresa; pero mi ilusión duró poco, pues la dirección de la mirada de la señora Albruzzi y la distracción con que recibía mi saludo me hicieron notar mi error. Alguien se acercaba detrás de mí, y este alguien era el Sr. Castelli.

Anselmo se puso blanco como el papel; caía bruscamente del paraíso en su miseria.

Luciano saludó sin afectación á la señora Albruzzi; luego se volvió á mí y me estrechó la mano silencioso. Anselmo tenía obstinadamente la vista vuelta á otra parte.

Laura y Luciano entablaron una conversación animada, en la cual no tomé parte; la primera hacía gala de todo su despejo, y lo tenía ni más ni menos que cualquiera otra mujer hermosa: Castelli hablaba poco, pero en compensación se le escuchaba mucho; cuando hablaba, Laura fijaba en su rostro dos grandes ojos azules, brillantes como dos zafiros, y parecía contener el aliento para oír mejor. Anselmo intentó dos ó tres veces llamar hacia sí la atención con alguna frase aguda, pero en vano; Laura volvía la cabeza un momento, sonreía fingiendo por cortesía haber comprendido y se ponía de nuevo á escuchar á Luciano.

Yo, en lugar de Anselmo, me habría marchado diez veces; pero el desdichado no sabía resolverse á abandonar su puesto junto á Laura, aquel puesto del que poco antes se había mostrado tan orgulloso como de un trono.

—Sr. Castelli, dijo Laura con voz de falsete y mirando á su alrededor con estudiada distracción, siéntese usted á mi lado.

Al decir esto, la señora Albruzzi fijó, así como furtivamente, una mirada en Anselmo. El pobre enamorado comprendió, se sonrojó, pero no se movió. Laura se mordió levemente los labios y se abanicó con fuerza.

—Hace calor, añadió: querido Anselmo, hágame usted el favor de decir que me traigan un vaso de agua con azúcar.

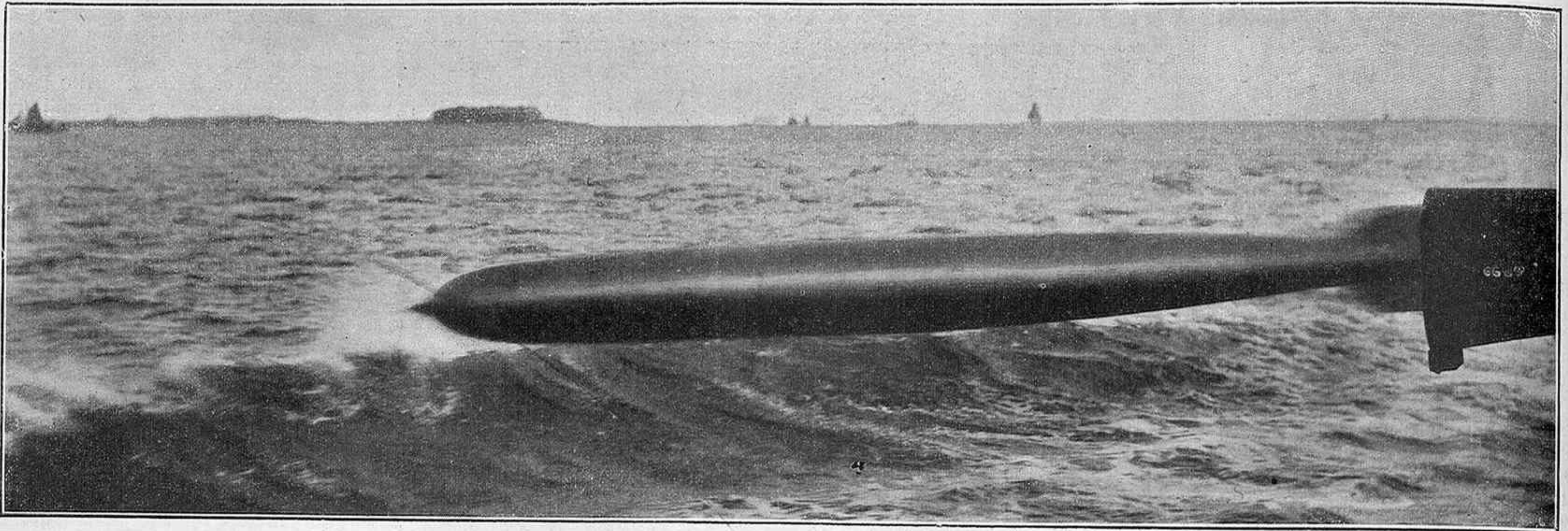
LOS TORPEDOS

El éxito que obtuvieron los torpedos la noche del 8 de febrero último, causando graves averías en pocos segundos á dos de los mejores buques de combate y á un buen crucero de la escuadra rusa, ha motivado que en ellos se haya fijado mucho la atención en estos días. Existe el peligro, y peligro serio,

Desde la guerra civil de los Estados Unidos existían los torpedos; pero en definitiva, eran tan sólo minas, que hacían explosión por el contacto, descendientes en línea recta de los antiguos petardos. El torpedo en forma de pez, tal como los rusos lo emplearon en 1877, era una cosa completamente nueva, y aunque en la actualidad los hay de muchos tipos y tamaños y aunque en ellos se han introducido infinitas

constituyen únicamente otros tantos percutores de repuesto y son cuatro.

2.º La cámara de aire va llena de aire comprimido, que es la fuerza motriz. Recientemente, en la marina francesa, han ocurrido algunos graves accidentes por haber reventado la cámara de aire, lo que nunca ha sucedido en la inglesa, cuyos torpedos están contruídos más sólidamente. El peligro que ofrecen



Un torpedo en el momento de salir del tubo

de que al examinar los efectos, no tengamos en cuenta la causa. Fácilmente dejamos pasar inadvertido el factor principal en aquel suceso, que fué el descuido de que dió pruebas el almirante ruso, exponiendo su escuadra al riesgo de recibir un ataque semejante. Port Arthur ha evidenciado la eficacia de los torpedos, pero está lejos de haber demostrado que hayan de ser el primer elemento de las fuerzas del porvenir. Puede que así suceda y que, más ó menos pronto, llegue á ser un arma superior á todas las demás; pero hasta ahora, no ha destronado al cañón, como primer elemento de combate de los buques de guerra. Únicamente los profanos pueden creerlo así. Los oficiales de los torpederos, por más entusiastas que sean, de fijo no opinan de ese modo, y la facilidad con que confiesan sus defectos, es una razón en contra de su venidera superioridad.

En un artículo circunscrito como el presente, es imposible hacer otra cosa que trazar su historia á grandes rasgos y describir muy someramente su mecanismo. El primer torpedo automóvil, pisciforme, fué el Whitehead, que hizo su aparición en la guerra

mejoras, los profanos no acertarán á distinguir ninguna sensible diferencia entre los primitivos Whitehead y los que hace tan poco causaron averías en el *Tsarevitch* y del *Retvisan*. La punta es más obtusa y el cuerpo más largo, pero conservando siempre su forma esencial de cigarro. Tal vez el único cambio que se echaría de ver es que con la edad le han salido las barbas. Barbas es el término técnico con que designan los ingleses el mecanismo que rodea la cabeza de combate del torpedo, formado por proyecciones curvas y radiadas, para determinar la explosión del torpedo, en caso de chocar de soslayo.

Describamos antes el torpedo, empleando los menos términos técnicos posibles.

La longitud generalmente es de 17 pies y su mayor diámetro 18 pulgadas, y las partes que lo componen son las siguientes:

1.º La cabeza de combate, que contiene una carga de 175 á 200 libras de algodón pólvora húmedo. En la punta está el percutor, colocado hoy en día de tal modo que no puede funcionar hasta que el torpedo haya sido disparado y se halle ya á cierta distancia

en un combate los tubos lanzatorpedos colocados sobre la línea de flotación, si es que en realidad ofrecen alguno, es el de que, por cualquier accidente ocurrido al receptáculo, haga explosión el aire comprimido á tan altas presiones.

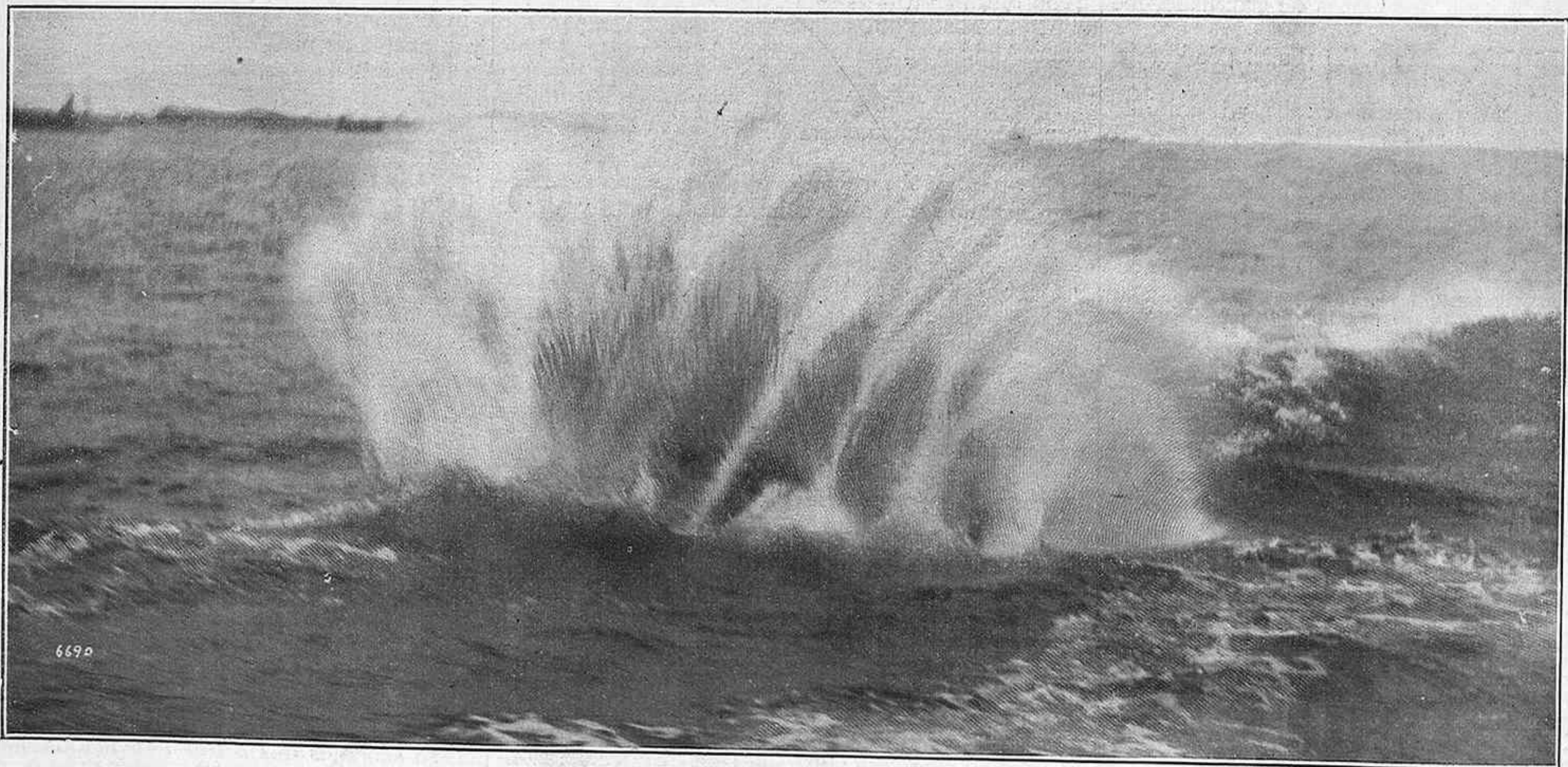
3.º La cámara de profundidades, que contiene los mecanismos secretos para regular la profundidad á que debe navegar el torpedo, que puede ser la que se quiera y á la que bajará tan pronto como llegue al agua.

4.º La máquina y una variedad de ingeniosos mecanismos, válvulas, etc.

5.º La cámara de flotación, que, como su nombre indica, tiene por objeto la flotación del torpedo.

6.º La cola, que contiene el mecanismo para darle dirección, los timones horizontales y las hélices.

Según se desprende del breve resumen hecho, el torpedo, en realidad, no es otra cosa que un bote submarino, en el que aparatos automáticos hacen las veces de tripulación. La concepción toda del torpedo pisciforme proviene de los primeros submarinos y es, en cierto sentido, un perfeccionamiento del sub-



Un torpedo en el momento de sumergirse en el agua después de disparado por el tubo

ruso-turca. Rusia fué la primera nación que lo empleó, y lo empleó con buen éxito. Desde entonces ha ido continuamente perfeccionándose; pero durante estos últimos diez ó doce años, sus progresos han sido pocos, si exceptuamos el giroscopio, del que luego hablaremos.

del buque, hasta que los hélices se pongan en movimiento. Es completamente imposible que un torpedo estalle estando aún en el tubo. El percutor obra por contacto; al chocar con algo retrocede y hace estallar el fulminante, que á su vez hace estallar el algodón pólvora. Las barbas, de que antes hemos hablado,

marino, nacido demasiado pronto. Los recientes submarinos son, en cierto modo, retrocesos, á pesar de llevar como armamento torpedos.

Hemos ya mencionado el giroscopio. Es el adelanto que el siglo xx ha aportado al torpedo para darle más eficacia. Como la mayor parte de los grandes

inventos, está fundado en un hecho de los más sencillos: la tendencia de una rueda pesada cuando gira ó continúa girando en un plano determinado. Esta tendencia se utiliza para que el torpedo conserve constantemente la misma dirección, pues toda in- fluencia que tienda á desviarla queda anulada por el giroscopio. Antes de su invención, mil varas era la distancia máxima á que podía dispararse un torpedo. No había dificultad en que fuera más lejos, pero no se conocía el modo de hacer que continuase en una dirección determinada en el momento que se gastaba su fuerza primera y su energía mayor quedaba am- norada en cualquier sentido. Con el giroscopio se han hecho blancos á una milla de distancia y también se han obtenido á milla y media. No es ya tampoco un imposible hacerlo á dos; y se ha hecho andar á un torpedo muy despacio hasta diez millas, siguiendo una línea bastante recta.

El haber tenido conocimiento de estos detalles, es lo que ha hecho creer al público que el torpedo tie- ne una importancia mayor de la que en realidad po- see. Hay en su contra dos grandes reparos. Uno es lo poco uniforme de la velocidad. Un torpedo mo- derno anda media milla en un minuto, pero no anda una en dos; necesitará para efectuarlo tres ó cuatro, y para andar milla y media, ó tres mil varas, tardará por lo menos seis y probablemente siete. Y así suce- sivamente, hasta que para recorrer diez millas nece- site como hora y media. La razón es que su fuerza es limitada; el aire comprimido puede impulsarlo muy de prisa á una corta distancia; pero si ha de ir lejos, hay que economizar el aire y la velocidad dis- minuye.

Puede apuntarse un torpedo con bastante exacti- tud á una distancia de mil varas, porque no es difícil calcular dónde se hallará un enemigo en movimiento un minuto después. Calcular dónde estará á los tres ó cuatro, ya no es tan fácil, y pasado ese límite, es obra de la casualidad hacer blanco. Claro está que si los barcos enemigos están inmóviles, como los rusos en Puerto Arthur, varía la cosa por completo, y los japoneses pudieron ofenderles desde cualquier distancia. Uno ó dos torpedos no darían en el blan- co, pero es casi seguro que lo harían los demás. Pero es ese un caso excepcional, que no es de esperar vuelva á ocurrir en ninguna guerra.

El segundo inconveniente del torpedo no es tan conocido: consiste en que las buenas cualidades del giroscopio pueden tornarse malas con facilidad. Si no se le maneja con cuidado, si penetra un poco de polvo en su mecanismo, ya no girará en el debido

plano, sino en otro, y se ha visto, cuando así ha su- cedido, que el torpedo, como un boomerang, ha des- crito un círculo y vuelto al buque que lo había dis- parado. Contra este peligro hay que tener mucho cuidado. Además de eso, suele el giroscopio permi- tirse inesperados caprichos y no puede compararse en fijeza y exactitud con el cañón.

Dispáranse los torpedos desde unos tubos llama- dos lanzatorpedos, que son muy sencillos, bien se hallen colocados sobre la línea de flotación ó bajo ella, y difieren muy poco entre sí; los sumergidos tien- nen una barra corrediza para apartar el torpedo del buque en movimiento. Una carga de aire comprimi- do ó de cordita dispara al torpedo del tubo, y des- pués sigue su curso con su propio automotor.

Se apuntan los torpedos por medio del instrumen- to llamado director. Este se halla dispuesto de modo que pueda calcularse, dada la velocidad conocida del barco que dispara y la supuesta de aquel á quien hace fuego, de manera que el blanco y el torpedo lleguen en un mismo momento á un punto determi- nado.

La única cantidad variable es la velocidad del enemigo. Si ésta se ha calculado mal ó si el enemigo varía su velocidad ó dirección mientras el torpedo navega, es casi seguro que éste no dará en el blanco. El modo más fácil de lograr que el torpedo choque con el barco enemigo, es navegar de costado con el mismo rumbo é igual velocidad. De ese modo per- manecen ambos barcos relativamente inmóviles y presentará el enemigo un buen blanco. El único in- conveniente es que también á su vez lo presentará el agresor. Hay que tener en cuenta también que la in- tención de disparar torpedos es tan visible, que es casi seguro que el enemigo ha de variar de dirección frecuente y repentinamente. Esto y no ningún defec- to de mecánica es lo que hace que el torpedo sea un arma tan poco segura. Su mayor velocidad es sesen- ta y hasta cien veces menor que la de la bala de ca- ñón. El cañón es más difícil de apuntar que el tor- pedo; pero por lo mismo que el hombre nada puede hacer para evitar su proyectil, tiene éste más proba- bilidades de dar en el blanco.

Aún no se ha demostrado en la guerra cuál es el verdadero papel del torpedo. Quedaría demostrado si los torpederos rusos atacaran con buen éxito á la escuadra japonesa, pero no es probable que eso su- ceda. Las escuadras bien preparadas se rodean de torpederos, y lo probable es que los de uno y otro bando se destruyan mutuamente.

FRED T. JANE.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

SANTA, por *Federico Gamboa*. — El autor de esta novela figu- ra con razón entre los primeros literatos americanos, y su fama se halla cimentada por una porción de obras de varios géneros que han merecido el favor del público y el aplauso de la crítica. *Santa* es una novela al estilo de las de Zola, sin que esto signi- fique en manera alguna que el autor ha copiado al célebre no- velista francés; antes al contrario, su obra se distingue princi- palmente por su color local y por la verdad con que en ella se describen los tipos y las costumbres mexicanas. Esto, unido al interés del argumento, algo crudo, sin embargo, y á la elegancia del lenguaje, hacen que *Santa* se lea con gusto. Editada en Barcelona por D. Ramón de S. N. Araluze, se vende á 3'50 pesetas.

BOCETOS VULGARES, por *Manuel Valera García*. — Colec- ción de artículos de distintos géneros, desde el satírico al hon- damente pensado y sentido; en todos ellos campea un estilo fácil y en muchos se encierran una idea elevada y una lección digna de ser meditada. El libro, editado en Sevilla por Fran- cisco Leal y C.^a, se vende á una peseta.

DOÑA PERFECTA, por *R. Pérez Galdós*. — LE SEDUCTEUR, por *Eduardo Zamacois*. — La «Colección Cosmópolis» que se edita en Madrid y se propone publicar traducciones francesas de nuestras mejores novelas contemporáneas, ha puesto á la venta estas dos cuyos títulos van al frente de estas líneas. Como se trata de dos obras muy conocidas en España, nada hemos de decir acerca de ellas; nos limitaremos, pues, á consignar que las traducciones están muy bien hechas por Julien Lugol y Charles Docteur respectivamente, y á felicitar á los editores por su laudable pensamiento de divulgar en el extranjero las creaciones más notables de los actuales novelistas españoles. Cada tomo se vende á 3'50 francos.

IDEAL DE AMOR, por *Jacinto Isern*. — El objeto del autor, al escribir este libro, es demostrar que con el amor á todo lo existente se consigue la mejor existencia posible de la humani- dad, y que el delito humano, origen del dolor, con el ideal de amor se cura. Conforme con este pensamiento, divide la obra en tres partes que comprenden la vida ideal, la vida del delito y la redención, en todas las cuales encontramos muy atinadas observaciones inspiradas en el más puro altruismo. El libro ha sido impreso en Rosario de Santa Fe, en el establecimiento gráfico de Woelflin y C.^a

PLANTAS MEDICINALES, por el *Dr. D. Blas Lázaro Ibiza*. — Esta obra, original del distinguido catedrático de Botánica descriptiva de la Universidad Central, que forma parte de la importante colección de manuales que publica en Barcelona la casa Sucesores de Manuel Soler, explica las propiedades medi- cinales de las especies vegetales de nuestro país y de las perte- necientes á floras exóticas que hoy tienen mayor interés, seña- lándolas con sus nombres vulgares y científicos, y explicando sus caracteres distintivos, la época de su floración, el área de vegetación, etc. Este manual está escrito en lenguaje fácil de comprender aun por las personas no iniciadas en las ciencias naturales y médicas, y ordenado en forma de diccionario con arreglo á los nombres vulgares de las especies, y va ilustrado con numerosas figuras. Véndese á 2'50 pesetas.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin

núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

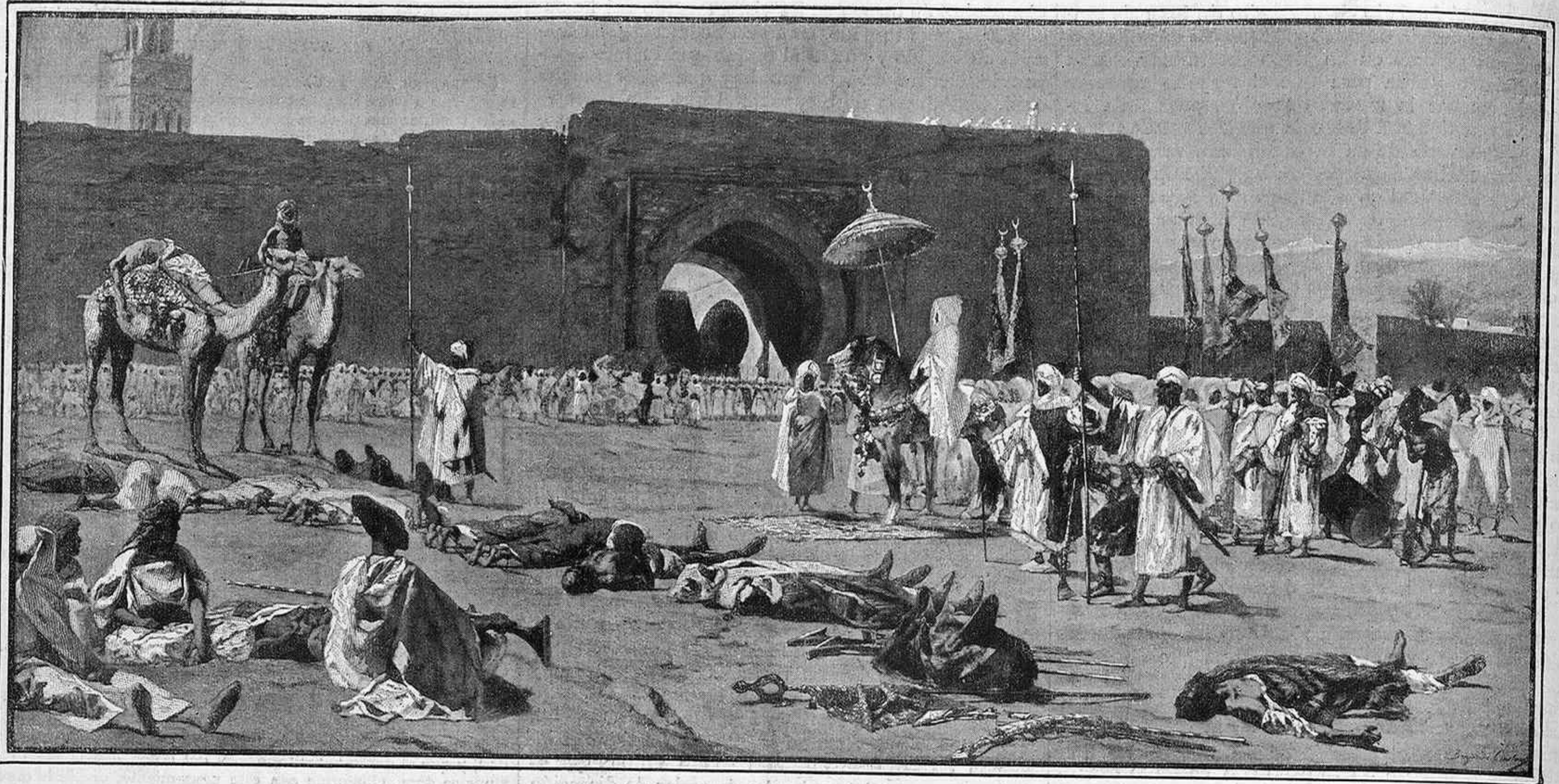
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupa- ciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

CURACIÓN cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calen- turas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atesta- ciones cada año. Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de gar- ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

ENFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffec- teur célebre depurativo vegetal pres- crito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legítimo. Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILLORE, DUSSER**, 4, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Los últimos rebeldes, cuadro de Benjamín Constant, existente en el Museo del Luxemburgo (París)

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos de
 ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUBE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Reumáticos y Gotosos!
 Tratado curar con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
 (Dos Siglos de Exito)
 No contiene ni Colchico,
 ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
 el Reumatismo, el Artrismo,
 la Diabetes, las Enfermedades
 del Hígado y de los Riñones.
 Solo **PLANCHE**
 en Marsella (Francia).
 En todas las Farmacias bien surtidas.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

ENFERMEDADES
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estó-
 mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
 riosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
 regularizan las Funciones del Estómago y
 de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD,
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD, HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero. Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PÍLDORAS
MOUSSETTE
 Neuralgias,
 Jaqueca,
 Ciática.
 CLIN y COMAR — PARIS
 En todas las Farmacias.
 650

Frasco 5fr.
PUREZA DEL CUTIS en Paris
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pose y conserva el cutis limpio y terso.
 CANDES etc.
 88 St-Denis, 18

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta,
 Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la
 Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irrita-
 cion que produce el Tabaco, y especialmente
 á los Srs PREDICADORES, ABOGADOS,
 PROFESORES y CANTORES para facilitar la
 emision de la voz. — PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO A
LAS SENORAS
EL APIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la
HEMOSTÁTICA *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apoca-*
miento, las *Enfermedades* del
pecho y de los *intestinos*, los
Espustos de sangre, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida
 á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
 SIEMPRE SON INMEJORABLES

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN